

***Europa busca una madre:***  
**la guerra de independencia griega en el debate intelectual y político de la**  
**Restauración francesa**

*Nere Basabe*

La sublevación por la independencia iniciada en Grecia en 1821 provocó en las demás naciones europeas un interés y una movilización sin precedentes, una situación histórica sólo equiparable, como ha sido sugerido, a lo ocurrido con ocasión de la Guerra Civil española<sup>1</sup>. “*Nunca antes hubo una causa, sentenció Lord Byron, uno de sus mayores adalides, que haya tenido tan fuertes y decisivas pretensiones sobre la simpatía de toda la gente de Europa*”<sup>2</sup>. Fue éste un ejemplo de reconocimiento internacional prácticamente unánime de los derechos de un movimiento de “liberación nacional” como tal vez no haya vuelto a tener lugar, porque se hallaba cargado además de claras connotaciones simbólicas, en las que las potencias europeas veían comprometido el sentido de su propia historia así como el de la mitificada herencia cultural de la que eran deudores<sup>3</sup>. Si el acontecimiento histórico se caracteriza por colmar de intensidad un instante de la experiencia humana con un exceso de significado<sup>4</sup>, el episodio de levantamiento y posterior irredentismo griego se presenta

---

<sup>1</sup> “Perhaps only in the foreign reactions to the Spanish civil war of the 1930s has there been such a sharp contrast between the cold abstention of governments and the passionate involvement of individuals”, en BREWER, David, *The Flame of Freedom: The Greek War of Independence 1821-1833*. John Murray Publishers Ltd., London 2001, p. 135.

<sup>2</sup> Cit. por CONSTANTINE, David, *Los primeros viajeros a Grecia y el ideal helénico*. Fondo de Cultura Económico, México 1989, p. 417.

<sup>3</sup> TSOUKALAS, Constantine: “The Irony of Symbolic Reciprocities –The Greek Meaning of ‘Europe’ as a Historical Inversion of the European Meaning of ‘Greece’”, en MALMBORG, Mikael af, y STRATH, Bo (eds.): *The Meanings of Europe*. Berg, New York 2002, p. 35.

<sup>4</sup> CRUZ, Manuel: “Narrativismo”, en MATE, Reyes (ed.): *Filosofía de la Historia*. Trotta, Madrid 1993, p. 264, retomando la idea expresada por Paul RICOEUR en *Tiempo y Narración* (Siglo XXI, México 1995).

como paradigmático en esa concentración de significado histórico que supera sus propios límites, en tanto que modelo de relaciones internacionales del momento, y por su efecto galvanizador en las reacciones del resto del continente, en torno a las cuales se comienza a rearticular una nueva concepción de Europa, de su pasado mítico y sobre todo de las nuevas perspectivas políticas que se abren ante ella, siendo instrumentalizado con estos fines –y con frecuencia de acuerdo a intereses nacionales– en el debate político de la Restauración.

Toda esa movilización volcada de inmediato con la causa griega contrastaba con la ausencia inicial de intervenciones oficiales por parte de las grandes potencias extranjeras, más preocupadas por mantener el difícil equilibrio del frágil concierto europeo. Metternich y el Zar optaron en un principio por abandonar a los rebeldes a su propia suerte, absteniéndose de toda injerencia en pos del mantenimiento del *statu quo*, pero el desarrollo del movimiento helénico acabaría obligando a los diplomáticos a someterse a “los deseos imperiosos de la opinión pública”<sup>5</sup>, en un pulso, como también ha sido descrito, que llegó hasta el extremo de que, “por una vez, los principios de la Santa Alianza parecieron tener que ceder a una inflamada opinión pública europea”<sup>6</sup>. La cuestión griega será en efecto uno de los primeros capítulos que inaugure esto que diversos autores han acuñado como flamante “*opinión pública europea*”<sup>7</sup>, que insiste en condenar todo sometimiento o conquista política que no cuente con el beneplácito de las poblaciones afectadas (igual que ocurriría más tarde con la anexión de Alsacia y Lorena por parte de Bismarck, hecho que despertó en Inglaterra, Italia y los Países Bajos vivas protestas)<sup>8</sup>.

Pero más allá de la formación de una nueva red de opinión pública (a la que también dedicaré no obstante unas cuantas líneas en este trabajo) me interesa el

---

<sup>5</sup> DROZ, Jacques: *Europa: Restauración y Revolución, 1815-1848*, Siglo Veintiuno editores, Madrid, 1988, p. 245

<sup>6</sup> TSOUKALAS, Constantine: “The Irony of Symbolic Reciprocities –The Greek Meaning of ‘Europe’ as a Historical Inversion of the European Meaning of ‘Greece’”, en *op cit*, p. 35.

<sup>7</sup> DUROSELLE, Jean-Baptiste: *L’idée d’Europe dans l’Histoire*, Les Éditions Denöel, París, 1965, p. 211

<sup>8</sup> Aunque con la cautela necesaria para hablar de una verdadera *opinión pública europea*, cuya existencia es cuestionable incluso en nuestros días, lo cierto es que, frente a la fragmentación política, la opinión pública naciente comenzó en todo caso a manifestar desde la segunda mitad del XVIII en numerosos aspectos su vocación paneuropea (tal y como ha destacado Margaret C. JACOB en su artículo “The Mental Landscape of the Public Sphere: A European Perspective”, *Eighteenth-Century Studies*, vol. 28, nº 1, otoño 1994): así lo demuestra el carácter transnacional de muchos periódicos de la época, o el despertar de un interés ampliamente compartido por las relaciones internacionales, que suscitan juicios comunes más allá de las fronteras en torno a diversas polémicas, como es el caso del tema de la guerra y la paz, debate de primera importancia en aquellos días y que aparece íntimamente ligado a la esencia de esa nueva opinión pública transnacional (BASABE, Nere: “Jeremy Bentham y las dimensiones

contenido ideológico específico del que ese debate público se dota; me interesa en su capacidad de sacudir conciencias, concitar reacciones, posturas, sentimientos y decisiones políticas que aparecen en última instancia estrechamente vinculadas a una determinada concepción de Europa: la tesis en la que se enmarca este texto, y a través del estudio de este caso concreto, es que en torno al debate sobre la independencia de Grecia, bajo mando otomano desde siglos atrás, se comienza a construir una rearticulación del concepto de Europa radicalmente diferente al conocido hasta ahora, y que iba a marcar profundamente la visión que desde el siglo XIX se tiene de aquello que es evocado bajo el nombre de *Europa*, y que llega hasta nuestros días. Porque, tal y como afirma Bo Strath, “The history of a European identity is the history of a concept and a discourse”, es la historia de un discurso de poder y de una potente metáfora movilizadora llamada *Europa*...:

“The meanings of Europe are a discourse of power on how to define and classify Europe, on the frontiers of Europe, and on similarities and differences. The idea of Europe became, historically and sociologically, a political idea and mobilizing metaphor...”<sup>9</sup>

Y es que si un acontecimiento es un suceso concentrado en el tiempo que nos llena de perplejidad por la intuición de la magnitud de su significado que no podemos llegar a comprender de manera total e inmediata, es también una construcción propia de la labor del historiador, y que se construye a base de *conceptos*<sup>10</sup>. Los conceptos políticos y sociales, al contrario que los conceptos científicos, lejos de presentar un significado unívoco, son formados históricamente como un campo de batalla en el que se despliegan diferentes definiciones en concurrencia, diferentes modos de entender la realidad y sus posibilidades de transformación (puesto que incluyen, más allá de la mera referencia a lo ya existente, aspiraciones de futuro): tal y como ha señalado Melvin Richter, “in ‘*contestable*’ concepts, disagreements form an indispensable part of the

---

internacionalistas del concepto ilustrado de opinión pública”, Revista *Historia Contemporánea*, nº 27, 2003 (II), p. 603).

<sup>9</sup> STRATH, Bo: “A European Identity: To the Historical Limits of a Concept”, en *European Journal of Social Theory*, 5 (4), London 2002, p. 388. Philippe NEMO, que fija en Atenas, Roma y Jerusalem los tres componentes mayores de la identidad europea, se pregunta frente a semejantes patronazgos, si acaso se trata de “une illusion rétrospective, historiquement arbitraire, ayant seulement pour fonction de justifier les alliances et les exclusions du présent? Ou est-ce une réalité historique concrète permettant de comprendre pourquoi les sociétés d’Europe Occidentale possèdent certaines institutions, moeurs et valeurs constitutives de ‘l’État de Droit’ ?” (NEMO, Philippe : « Athènes, Rome, Jérusalem : trois composantes de l’identité européenne », en *The European Union and the Nation State*, École de Commerce, París, 1997, p. 235).

<sup>10</sup> ARON, Raymond: *Lecciones sobre la Historia. Cursos del Collège de France*, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 136.

meaning”<sup>11</sup>. Así, para comprender la controversia conceptual en términos más amplios que el de la variación semántica, los desacuerdos conceptuales pueden ser clasificados en tres niveles, de acuerdo con la lectura que hace Palonen de Quentin Skinner: de acuerdo a la divergencia de criterios, a la aplicación de esos criterios, y al propósito de su uso en el discurso: “Any concept with a range of variation can rhetorically be used for a variety of different political purposes and, at the same time, can also be interpreted as a heuristic instrument in the understanding of conceptual changes”<sup>12</sup>.

El concepto de Europa, que cumple todas estas condiciones, verá redefinido su significado a lo largo del siglo XIX hasta el punto de ser identificado no ya con una simple idea de *espacio* (una idea geográfica) sino también con una idea de *tiempo*: una noción histórica, un nombre concebido en un sentido dinámico. El concepto de Europa, que evoca realidades no sólo frecuentemente contradictorias sino también y lo que es más importante realidades todavía no existentes<sup>13</sup>, ve confirmado su carácter performativo hoy más que nunca; y es que, como apunta uno de sus principales estudiosos, Heinz Gollwitzer, “die Beliebtheit des Wortes ‘Europa’ kommt nicht von ungefähr”<sup>14</sup>...

H. D. Schmidt, en su trabajo “*The Establishment of ‘Europe’ as a Political Expression*”<sup>15</sup>, había situado esta emergencia del término Europa como nuevo faro político, como el “unchallenged symbol of the largest human loyalty” que viene a sustituir en la modernidad a la esperanza en una *unitas reipublicae christianae*, en el debate político que tiene lugar en el seno de la Cámara de los Comunes a finales del XVII y principios del XVIII, a través del cual se habría formado progresivamente la asociación que vincula a Europa con la idea de libertad religiosa, balanza de poderes y expansión comercial. Mientras que el rey de Francia Luis XIV aparecía como la encarnación de esa *respublica christiana*, en los bancos de los *whig* cada vez se prefería

---

<sup>11</sup> RICHTER, Melvin: “Conceptualizing the Contestable. ‘Begriffsgeschichte’ and Political Concepts”, en *Die Interdisziplinarität der Begriffsgeschichte*, Hamburgo 2000, p. 138.

<sup>12</sup> PALONEN, Kari: *Quentin Skinner. History, Politics, Rhetoric*. Polity Press, Cambridge 2003, p. 89 y cita en pp. 178-179.

<sup>13</sup> KOSELLECK es uno de los principales artífices de la idea de que el valor de la experiencia histórica del tiempo radica en su capacidad de restituir al presente en su función mediadora con lo posible. (KOSELLECK, Reinhardt: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993).

<sup>14</sup> “*El éxito de la palabra Europa no viene por casualidad...*” GOLLWITZER, Heinz: “Zur Wortgeschichte und Sinndeutung von ‘Europa’”, en *Saeculum*, nº 2, Munich, 1951, p. 169. Gollwitzer cifra la emergencia y éxito de la voz Europa en el contexto del proceso de secularización y para hacer frente a la fragmentación que la disolución de la unidad cristiana supone.

<sup>15</sup> SCHMIDT, H. D.: “The Establishment of ‘Europe’ as a Political Expression”, en *The Historical Journal*, IX, 2, Cambridge 1996, pp. 173 y ss.

más, por oposición, la utilización del término Europa, libre de todas esas otras connotaciones. A través del rastreo en la frecuencia de la combinación estereotipada entre ‘Protestant Religion’ y ‘Liberty of Europe’, ‘Defence of Europe’ o simplemente ‘Europe’ en los discursos parlamentarios, panfletos y tratados políticos *whig* como criterio para la datación de ‘Europa’ en calidad de eslogan de partido, Schmidt llega a la conclusión de que el término Europa es definitivamente adoptado en Inglaterra por la oposición entre 1680 – 1681, y de tal modo que el autor llega a sospechar: “was Europe a suspect party expression used only by the English opposition?”

“The study of English and continental pamphlets, state papers, and official pronouncements offers conclusive evidence that the term Europe established itself as expression of supreme loyalty in the fight against Louis XIV. It was associated with the concept of a balanced system of sovereign states, religious tolerance, and expanding commerce. (...). The triumph of William III and the Grand Alliance against Louis XIV, associated as he then was –quite wrongly- with the ambitious aims of setting up a universal monarchy and a united Catholic Christendom, brought about the first major stage in the long process of western secularisation, the exchange of *Europe* for *Christendom* as supreme political collectivity”<sup>16</sup>.

Aunque este interesante artículo de H. D. Schmidt que fija la emergencia de la voz Europa como expresión política en la transición del siglo XVII al XVIII ocupa en mis presupuestos de partida un lugar de cabecera, en el sentido de que apunta al modo en el que yo quisiera encaminar mi trabajo -y por tal motivo me he extendido en su presentación-, por mi parte he decidido no obstante focalizar mi investigación de manera algo posterior en el siglo XIX, en el convencimiento de que, a partir de 1815 y siempre en el ámbito continental<sup>17</sup>, tuvo lugar un importante cambio o giro semántico en el concepto de Europa: contrariamente al cosmopolitismo abstracto y la idea de Imperio que prevalece en la Ilustración, el europeísmo decimonónico se vuelve algo más concreto y dotado de un contenido específico, rearticulado en torno a nociones próximas cuyo sentido trastoca a su vez, tales como el de la pluralidad y la diversidad, la liberalidad, la civilización, la democracia, y también en la dialéctica con su principal opuesto, el triunfador del siglo, el concepto de Nación.

Los rasgos característicos mayores de este nuevo concepto contemporáneo de Europa, y sobre los que me gustaría llamar la atención en el trabajo que aquí presento,

---

<sup>16</sup> *Ibid*, pp. 177-178, en estrecha consonancia con lo ya apuntado anteriormente por otro de los principales estudiosos de la materia, H. GOLLWITZER (*conf. supra* nota 14).

son su *historización* y su *politización*<sup>18</sup>. “When did it begin to be said that ‘Europe’ had a history, and when did it begin to be implied that all history was the history of Europe?”, se cuestiona Pocock<sup>19</sup>. La historicidad de Europa es en efecto una suerte de “invención” de la narrativa ilustrada del XVIII, pero alcanza su apogeo en el historicismo evolucionista del XIX, que presenta la civilización como una cuestión de grado y desarrollo, y a Europa, como su figura más perfeccionada: “The most important result of the Revolutionary turmoil for the concept of Europe was that it received an historical credence”<sup>20</sup>. Desde esta nueva perspectiva histórica, lo que hasta ahora aparecía como una caótica sucesión de regímenes políticos, pasa a concebirse como una coherente necesidad histórica, y lo mismo ocurre con nociones teóricas que se ven elevadas ahora al rango de conceptos históricos. Esta manera “histórica” de abordar los fenómenos afectó de manera especial a la noción de Europa, y así se nos presenta en los autores liberales del momento post-napoleónico, cuyo espíritu romántico apela a la tradición y no puede concebir una Europa sujeta a leyes uniformes, despegada de su formulación histórica: “against the vision of a Europe emancipated from its past and subject to uniform law, the Coppet group sought to define Europe as an *historical* entity”<sup>21</sup>. Esta nueva perspectiva enriquece la noción haciendo de su uso algo más consciente, más fuertemente vinculado a interpretaciones históricas e ideologías políticas, con frecuencia opuestas (opuestas en el sentido de que difieren no sólo en cuanto al significado del pasado de Europa, sino también y sobre todo en cuanto a lo que ese pasado ha de significar de cara al presente y al futuro). Y es que el proceso de ‘historificación’ trae aparejado un fenómeno paralelo de ‘politización’: en el siglo XIX, “[Europe] was seen more and more in historical terms, with contemporary political

---

<sup>17</sup> También aquí, como en tantos otros aspectos ideológicos de la contemporaneidad, Inglaterra aparecería como una adelantada...

<sup>18</sup> La idea tampoco es originariamente mía, y con ella asumo lo ya apuntado por autores como DEN BOER, Pim: “Europe to 1914: The Making of an Idea”, en Wilson, K., y Van Der Dussen, J. (eds.): *The History of the Idea of Europe*, Routledge, London, 1995.

<sup>19</sup> POCOCK, J. G. A.: “Some Europes in Their History”, en *The Idea of Europe (From the Antiquity to the European Union)*, ed. Anthony Pagden, Woodrow Wilson Center Press & Cambridge University Press, Cambridge, 2002, p. 55.

<sup>20</sup> DEN BOER, Pim: *op cit*, p. 68.

<sup>21</sup> TENENBAUM, Susan: “The Coppet Circle and Europe: Visions of despotism – Visions of Freedom”, en *Le Groupe de Coppet et l’Europe 1789-1830 (Actes du Cinquième Colloque de Coppet, 8-10 juillet 1993)*, dirs. Kloecke & Balayé, Institut Benjamin Constant, Lausanne / Jean Touzot, Libraire-Éditeur, Paris, 1994, p. 367.

debate forming the frame of reference”<sup>22</sup>. La historiografía decimonónica, romántica, liberal<sup>23</sup>, estará efectivamente cargada de un uso político desde sus albores:

“L’histoire, dont la spécialité est en train d’acquérir ses méthodes en se dégageant peu à peu du genre littéraire, est aussi devenue un instrument de combat, prodiguant des leçons (réversibles), des exemples (contradictaires), des doctrines (opposées)”<sup>24</sup>.

En el discurso político de este periodo, apelar a Europa significa recrear su pasado pero también recrear su futuro en el tiempo presente; proveerlo de un sentido histórico que oriente la consecución del futuro<sup>25</sup>, tema estrella de la época. Su uso retórico en las luchas ideológicas del tiempo de la Restauración y en el debate político que se teje en torno a las grandes revoluciones enmascara un abigarrado tejido de diversas intenciones y estrategias que se ocultan detrás; éste es el caso de los *quarante-huitards* cuando enarbolan el eslogan de *États-Unis d’Europe*<sup>26</sup>, o el caso de los filohelenos que aquí presento, que reclaman en la década de los veinte la independencia de Grecia apelando a su estatus de nación cristiana y cuna de la civilización europea, campañas éstas, tanto una como otra, que lo que implican es un desafío a los poderes establecidos de las monarquías europeas: como dibujaba una caricatura periodística de la época, “Europa” es el nombre que lleva escrito un enorme monstruo marino que emerge de las aguas y amenaza con volcar una pequeña e inestable chalupa atestada de asustadas cabezas coronadas<sup>27</sup>. Así, si el proceso de historicación hacía de Europa una cuestión de necesidad, la confluencia con lo político la reorienta hacia la contingencia y la posibilidad, en el sentido expresado por Palonen: “I mean by politicisation both an increase of contingency through the opening up of new questions and an increase of controversiality in the horizon of potential answers to them”<sup>28</sup>.

---

<sup>22</sup> DEN BOER, Pim: *op cit*, p. 70

<sup>23</sup> Puesto que ése es el “gusto literario de la época”, que mezcla “la erudición histórica y la emoción o novela”, como lo radiografía uno de sus contemporáneos (SURIS Y BASTER, M.: *La paz en el siglo XIX, o teoría sobre la constitución del poder político y rehabilitación del poder moral en Europa*, Madrid, 1851, p. 3.), lo que explica en parte la predilección por el motivo griego...

<sup>24</sup> WINOCK, Michel: *Les voix de la liberté. Les écrivains engagés au XIX<sup>e</sup> siècle*. Éditions du Seuil, París, 2001, p. 286.

<sup>25</sup> Y en relación con el tema de Grecia, como ya ha sido apuntado, “the projection of European cultural supremacy into the future paved the way toward the elaboration of discursive metaphors going back into the past” (TSOUKALAS, *op cit*, p. 32)

<sup>26</sup> RENOUVIN, Pierre: “L’idée d’États-Unis d’Europe pendant la crise de 1848”, en *Actes du Congrès Historique du Centenaire de la Révolution de 1848*, PUF, París, 1949

<sup>27</sup> *Le Charivari*, 23 de diciembre de 1848, cat. 153 de la Exposición “L’Europe des images. Les révolutions de 1848”, organizada por la Assemblée nationale de Paris, Museo Nazionale del Risorgimento de Turín, Musée national Suisse de Prangins y Germanisches Nationalmuseum de Nuremberg, 1998, cit. en p. 69.

<sup>28</sup> PALONEN, Kari: *op. cit.*, p. 75.

En este acercamiento a la construcción de la idea contemporánea de Europa he decidido detenerme pues en el estudio del caso de la guerra de independencia griega como uno de los jalones principales que inauguran el siglo, y que sirve de ostensible ejemplo, entre otras cosas, para examinar precisamente esta explotación que a menudo tiene lugar en la esfera política de los discursos acerca del pasado, la instrumentalización a la que se presta la historia en la gestión de periodos de crisis, y que apunta hacia los nexos entre las narraciones míticas de los orígenes y las construcciones contemporáneas de lo nacional<sup>29</sup> —del ‘europeísmo’ en este caso, pero también y de manera recíproca del propio nacionalismo griego.

Y es que Grecia se presenta en el debate político del momento con un sentido cargado de historicidad: como recuerdo del pasado para unos, como modelo de futuro para otros. “Grecia, como ideal, tenía un potencial filosófico, cultural y político enorme. Era el Estado antes de la Caída, o después de la Revolución”<sup>30</sup>. Pero el uso retórico del modelo griego para apoyar argumentaciones en el debate intelectual o político no es nuevo: “uno de los más curiosos y decisivos rasgos de la historia de Occidente es que sus distintas épocas se han definido en su peculiaridad y han tomado conciencia de sí mismas enfrentándose y midiéndose con la Antigüedad”, nos recordaba Díez del Corral<sup>31</sup>. Así, cuando, desde mediados del XVIII, la preocupación por la cuestión de la civilización salta a primera plana, la clásica discusión acerca de la rivalidad entre el modelo mercantil, cosmopolita ateniense y el modelo espartano, cerrado sobre sí mismo y de corte más militarista había venido ya a cobrar un claro protagonismo en el corazón del debate y la reflexión historiográfica:

“Both camps, however, had this in common: in their endeavour to grasp the meaning of history, they went beyond the examination of individual events and made the idea of civilisation the main theme of history; they both used Greek antiquity to fortify their respective arguments about the origin of civilisation”<sup>32</sup>.

---

<sup>29</sup> Una ingente bibliografía en torno a estos aspectos ha proliferado en los últimos años, entre los que merecen la pena un vistazo, en el ámbito francés, LÉTOURNEAU, J. y JEWSIEWICKI, B. (eds.): *L’histoire en partage. Usages et mises en discours du passé*, L’Harmattan, Paris, 1996; el clásico NORA, Pierre (coord.): *Les lieux de mémoire*, Gallimard, Paris 1997, o HARTOG, F. Y REVEL, J. (eds.): *Les usages politiques du passé*, Éditions de l’EHESS, París, 2001.

<sup>30</sup> CONSTANTINE, David: *Los primeros viajeros a Grecia y el ideal helénico*. Fondo de Cultura Económico, México 1989, p. 14.

<sup>31</sup> DÍEZ DEL CORRAL, Luis: *La función del mito clásico en la literatura contemporánea*. Gredos, Madrid 1974, p. 9.

<sup>32</sup> AUGUSTINOS, Olga: *French Odysseys. Greece in French Travel Literature from the Renaissance to the Romantic era*. The John Hopkins University Press, Baltimore & London, 1994, p. 17

Una larga tradición de estudios eruditos y narraciones de viajes que, desde el siglo XVI, habían venido conformando el imaginario cultural de este país, torna efectivamente al público francés (ámbito al que limitaré este trabajo) en uno de los más receptivos frente a las noticias que llegan ahora de Grecia, sensibilización agudizada por la crítica situación política que está atravesando la nación en esos años inmediatamente posteriores a la caída del Imperio, inmersa en la búsqueda de nuevos referentes: “French philhellenism, while being a facet of a European complex of attitudes and feelings toward Greece, held a unique appeal for the modern Greeks. A belief that the French, more than any other Europeans, resembled the ancient Athenians...”<sup>33</sup>.

Tal vez no sea éste el mejor espacio para detenerme a exponer siquiera los capítulos más importantes de esa larga y vasta historia de la formación de la cultura helenística en una Francia inicialmente filolatina, que emerge tímidamente en el Renacimiento a la sombra precisamente de esos estudios latinistas, de la mano de los primeros humanistas ilustrados y bizantinos exiliados<sup>34</sup> que como Lascaris o Budé presentan ya lo que serían los tres rasgos principales del Helenismo en Europa: el análisis lingüístico y filológico, el estudio de la Antigüedad como una civilización distinguida, y la creencia en la universalidad de sus modelos culturales y literarios así como en la eficacia de su imitación. Ya en el siglo XVII servía a los dramaturgos del periodo clásico de poderosa metáfora o representación no sólo de las cuestiones metafísicas atemporales que acechan a los seres humanos, sino también de las luchas internas y los conflictos morales inherentes a su propia sociedad; y aunque el uso del ideal clásico se ve salpicado de ciertas ambigüedades a lo largo del siglo XVIII y pierde en algunos aspectos su vigor, viene por otro lado a constituirse pronto en poderoso instrumento polemista para los *philosophes*<sup>35</sup>: en el momento de las grandes transformaciones políticas y convulsiones sociales del periodo revolucionario se recurre

---

<sup>33</sup> AUGUSTINOS, *ibid.*, p. 288.

<sup>34</sup> Desde la ocupación turca en 1453 comienza una verdadera “diáspora” griega, que se instalan primeramente en localizaciones cercanas como Venecia, pero que se extenderán progresivamente cada vez más hacia el occidente, a Toledo en España a través de Nápoles, y en Francia aparecen asentamientos en Lyon desde el siglo XVI y en París en los siglos XVII y XVIII; estos exiliados bizantinos serán los que mantengan la llama de la “esencia griega” viva, impulsando la publicación en los países europeos de los primeros corpus literarios griegos, así como la enseñanza de la lengua, a la par que llevaban a cabo algunos de los primeros tímidos asomos de reivindicaciones, aunque limitadas en su alcance por su carácter más retórico que otra cosa, por la liberación de su patria (GEANAKOPILOS, Deno J.: “The Diaspora Greeks: the Genesis of Modern Greek National Consciousness”, en VV. AA., *Hellenism and the Greek war of liberation, (1821-1830): Continuity and Change*, ed. Diamandouros, Thessalonika, 1976, pp. 60 y ss.

a la Antigüedad como fuente de todo un repertorio moral y simbólico no-cristiano<sup>36</sup>, y aunque el modelo ejemplificador que prevalezca todavía en esos días sea el de Roma y Esparta (introducido por Rousseau como ideal político, militar y social), Hölderlin describiría con posterioridad la Francia revolucionaria como una Atenas democrática en lucha por la supervivencia contra el absolutismo de Persia<sup>37</sup>.

El precedente más inmediato a los acontecimientos de 1821 lo hallamos en la insurrección de 1770 que había supuesto ya, si bien un pequeño episodio en la eterna rivalidad entre Rusia y Turquía sin mayor trascendencia política, todo un antecedente, cincuenta años antes, en lo que respecta a la movilización pública:

“Era muy grande el interés que sentía el público por esos asuntos del extranjero y además estaba cargado con un particular sentimiento... (...). Aunque nunca fueron tan fuertes y decisivos como el filohelenismo de principios del siglo XIX, los sentimientos que brotaron en 1769 y continuaron durante todo el año de 1770 eran esencialmente los mismos, e indican las esperanzas y las expectativas que la Europa neoclásica estaba empezando a acariciar con respecto a la verdadera patria de sus ideales literarios, estéticos, morales y políticos”<sup>38</sup>.

Por aquel entonces, no obstante, y más tras ese fracaso, los griegos modernos eran tenidos por un pueblo caído en la barbarie, indigno heredero de sus ancestros, y despertaba pocas simpatías entre el público culto europeo: “El restablecimiento en la prensa de los antiguos nombres, como Lacedemonia, Peloponeso, es un indicio del matiz particular que daba color a esas esperanzas a favor de Grecia. A los habitantes de aquellas regiones se les calificaba en comparación con sus supuestos ancestros. Eran como actores en un escenario público e inevitablemente fallaban antes las exigencias del auditorio”<sup>39</sup>.

El conde Choiseul-Gouffier, autor del *Voyage pittoresque de la Grèce* (1776-1779), había descrito el país como “bajo el gobierno de los bárbaros, y los nacidos en él

---

<sup>35</sup> AUGUSTINOS, *ibid.*, pp. 9, 11 y 15

<sup>36</sup> DÍEZ DEL CORRAL, *op cit*, 1974, pp. 12 y ss, entre otros muchos que han tratado el tema: “Los símbolos romanos y griegos inundaron toda la Francia revolucionaria...”

<sup>37</sup> Cit. en CONSTANTINE, *ibid.*, p. 368.

<sup>38</sup> CONSTANTINE, *ibid.*, p. 335. “Voilà la Grèce au point de redevenir libre... on entend avec plaisir nommer le lieu dont on nous a tant battu les oreilles dans notre enfance... », escribía en este sentido Catalina la Grande, untando su pluma en un estratégico altruismo, en la correspondencia que mantenía por entonces con Voltaire.

<sup>39</sup> *Íbid*, p. 336.

son olvidadizos y aún indignos de su herencia”<sup>40</sup>, cita que recuerda aún a lo descrito treinta años después por el vizconde de Chateaubriand:

“On dirait que la Grèce elle-même a voulu annoncer, par son deuil, le malheur de ses enfants... le pays est inculte, le sol nu, monotone, sauvage, et d’une couleur jaune et flétrie... Je crains bien que les Grecs ne soient pas sitôt disposés à rompre leurs chaînes. Quand ils seraient débarrassés de la tyrannie qui les opprime, ils ne perdront pas dans un instant la marque de leurs fers...”<sup>41</sup>.

...y es que el ideal helénico choca de manera especialmente sangrante con la realidad del país. Choiseul-Gouffier es por su parte el perfecto primer exponente de la ambivalencia francesa que entremezcla una retórica altruista e idealista con intereses prácticos nacionales, al pasar de viajero sentimental y filohelénico a embajador de Francia frente a la Puerta y amigo del Sultán.

El incremento de los viajes a Grecia (especialmente toda vez que las contiendas napoleónicas hacen imposible la ruta del *Grand Tour* por Italia), y toda la narrativa subsecuente de estos viajeros que se convierte en el transmisor de ideas más directo<sup>42</sup>, viene a romper la brecha entre la fuerza intelectual del ideal y la localización física concreta de una geografía marcada por los vestigios de su pasado, aunque también alejada de estos por un lacerante abismo: Grecia reaparece en todo caso como un lugar preciso reconocible en el mapa y en las mentalidades contemporáneas, a lo que se le suma, desde luego, la ola histórica del espíritu romántico, que encuentra en la cuestión griega una causa digna de su energía exuberante, recuperando muchos de los principios y los valores del clasicismo (*‘querelles’* aparte, la ruptura entre clasicismo y romanticismo no es tan nítida como a veces se nos ha querido hacer creer: y es que “el culto por Grecia en el siglo XVIII era, en muchos aspectos importantes, parte fundamental de la revolución romántica que dio forma al siglo XIX y al nuestro”<sup>43</sup>), pero otorgándoles un nuevo sentido:

---

<sup>40</sup> cit. en CONSTANTINE, *ibid.*, p. 343

<sup>41</sup> CHATEAUBRIAND, *Itinéraire de Paris à Jerusalem*, 1806.

<sup>42</sup> CONSTANTINE expone en su obra la paradoja de que, mientras que la mayoría de los viajeros que en el siglo XVII pero sobre todo en el XVIII se aventuraban en tierras helénicas eran fundamentalmente ingleses y franceses, el ‘núcleo duro’ por así decirlo de la elaboración del ideal helénico, el pensamiento que le da su forma más definitiva, es de origen alemán, de autores como Winckelmann que nunca pisaron suelo griego. “Nur aus der Ferne, nur von allem Gemeinem getrennt, nur als vergangen muss das Altertum uns erscheinen” [“a cierta distancia, en el pasado, y alejado de la realidad cotidiana, solamente así debería aparecer ante nosotros el Mundo Antiguo”], opinaba Humboldt...

<sup>43</sup> CONSTANTINE, *ibid.*, p. 412. « La contraposición clásico-romántico es de las más comprometidas y desorientadoras. Cualquiera que sea su preciso sentido, no son dos términos que se excluyan, sino que en

“Toute l’idéologie classique travaille pour la cause des Grecs, mais aussi (...) tout ce qui, dans les années postérieures à 1815, excite l’opinion romantique. La cause grecque séduit les romantiques comme elle séduit les classiques –on peut citer aussi bien Lamartine que Byron”<sup>44</sup>.

Este nuevo sentido, que representa el giro decisivo en la actitud frente a Grecia, lo constituye el acceso definitivo de lo político a una cuestión ceñida hasta ahora meramente al terreno de lo literario-sentimental, y que en el contexto ideológico del nuevo siglo, hace del renacimiento del pueblo griego no sólo algo deseable, sino algo inminentemente factible, a través de la senda de la emancipación política: “The linking of politics and culture put the condition of the modern Greeks in a new light”<sup>45</sup>.

El fenómeno general de la opinión pública, emergente desde mediados del XVIII y especialmente desde finales del siglo, había ido añadiendo a su contenido un perfil de carácter cada vez más marcadamente político, al mismo tiempo que ese objeto de su interés se iba internacionalizando progresivamente; al juicio erudito, científico y literario que constituye inicialmente la llamada “opinión pública” se había ido sumando progresivamente cada vez más información política, y en el cambio de siglo el interés por parte del público común hacia cuestiones de relaciones internacionales era cada vez mayor<sup>46</sup>. Este fenómeno de politización e internacionalización simultánea como característica del debate público contemporáneo se muestra especialmente subrayado en lo que respecta a la cuestión griega: del mismo modo que la opinión pública pasa de literaria a política, también el modelo griego pasa de ser una instancia filológica, intelectual, a convertirse en un paradigma que orienta la moral y la política: el año 1821 supone así un punto de inflexión en el que los difusos elementos pro-helénicos de los cincuenta años precedentes cristalizan y se traducen en un verdadero compromiso político. “El proceso de identificación con los antiguos, hasta entonces un mero ejercicio filosófico-literario, deviene ahora un imperativo de la conciencia moral. (...).

---

muy buena medida se interpenetran, y sólo teniendo en cuenta su interna implicación será posible comprender la nueva tarea que a la memoria de la cultura clásica incumbe en la gestación del espíritu contemporáneo... » (en DÍEZ DEL CORRAL, 1974, *op cit*, p. 10).

<sup>44</sup> CLEMENT, Jean-Paul: “Chateabriand et l’indépendance de la Grèce: la Note de 1825”, en *Chateaubriand historien et voyageur. Colloque Paris 8-9 octobre 1998*, Société Chateabriand, La Vallée-aux-Loups, 1999, p. 43

<sup>45</sup> AUGUSTINOS, *Ibid.*, p. 285.

<sup>46</sup> Conf. *supra* nota 8 del presente texto, y también BASABE, Nere: “Paix et Publicité: du cosmopolitisme des lumières au Tribunal international de l’opinion publique”, en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y CHASSIN, Joëlle (eds.): *L’avènement de l’opinion publique. Europe et Amérique XVIII-XIX*, L’Harmattan, París 2004, pp. 69-91.

De manera inevitable, la imitación estilística de los escritos clásicos lleva a la emulación de las ideas allí expresadas”<sup>47</sup>.

La maquinaria de esta nueva percepción del ideal clásico y sus implicaciones<sup>48</sup> se pone definitivamente en marcha a partir de marzo de 1821, momento en que los independentistas griegos comenzaron las sublevaciones. Imbuidos a su vez de toda la parafernalia ideológica ilustrada y revolucionaria en la que los exiliados en las grandes capitales europeas (Londres, Viena, París) se habían cultivado en los años precedentes<sup>49</sup>, una de tantas sociedades secretas nacida al final del periodo napoleónico, la Hetaira, había logrado penetrar desde Odessa a lo largo y ancho de todo el Imperio otomano. Formada por comerciantes, marineros, altos funcionarios (los “fanariotes” de Constantinopla), constituye toda una elite social bien empapada de las nuevas ideas europeas y que buscan la liberación del dominio turco. Las sublevaciones de 1821 cuentan con el apoyo del clero ortodoxo y del bajá de Janina (Albania), pero el sultán responderá con una represión extremadamente brutal, llevando a cabo terribles masacres que costarían la vida a más de doscientas mil personas en muy poco tiempo, y cuyos ecos sacuden de inmediato las conciencias europeas como algo intolerable:

---

<sup>47</sup> AUGUSTINOS, *ibid.*, pp. 5 y 18

<sup>48</sup> Me atrevo a seguir manteniendo esta hipótesis, a pesar de la interesante –e inquietante– tesis de Luis DÍEZ DEL CORRAL, acerca de la desmitificación de la Antigüedad clásica llevada a cabo precisamente en estos años por los liberales franceses, pero que no tiene en todo caso por qué ser necesariamente opuesto a lo que yo planteo aquí... El pensamiento liberal habría llegado en muchos aspectos, y siempre según esta lectura, a prescindir de la Antigüedad como referencia (Locke), a desidealizarla (Montesquieu), a subrayar la distancia insalvable que separa los tiempos modernos de los tiempos antiguos (Constant), o incluso a criticarla abierta y ferozmente (Hume, en su obra *Of the Populousness of Ancient Nations*) [Para un mayor desarrollo, ver SÁNCHEZ-MEJÍA, M<sup>a</sup> Luisa: *Benjamin Constant y la construcción del liberalismo posrevolucionario*. Alianza, Madrid, 1992, pp. 40-42]; Tocqueville, por su parte, simplemente desprecia a los clásicos, y encuentra la lectura de Aristóteles “un peu trop antique” para su gusto: él, contrariamente a otros autores que aquí presento, sostiene en una carta a un amigo de 1836: “Nous ne sommes pas assez grecs pour trouver un bon profit à ces livres-là” (cit. en DÍEZ DEL CORRAL, Luis: *La desmitificación de la Antigüedad clásica por los pensadores liberales, con especial referencia a Tocqueville*. Cuadernos de la Fundación Pastor n<sup>o</sup> 16, Madrid 1969, p. 70). Lo que sí que me parece percibir es que esta tendencia a la desmitificación, que desde luego no cuestiono, habría corrido en todo caso paralela a la ‘remitificación’ que tiene lugar por otras vías, y que ambas lecturas acaban por encontrarse al final del camino, en la novedad de un modo de interpretación recién inaugurado, que es lo que yo intento defender aquí.

<sup>49</sup> La retroalimentación es patente: Grecia es la ‘madre patria’ de los valores universales que exporta al resto del continente y que nutren el ‘renacimiento’ de la nueva Europa, como es deudora de estas explosiones liberales europeas para su propia liberación, siendo ésta la gran paradoja de la identidad y el nacionalismo griegos, tal y como han señalado, TSOUKALAS, “The Irony of Rymbolic Reciprocities – The Greek Meaning of Europe as a Historical Inversion of the European Meaning of Greece”, (*op cit*), o GOURGOURIS, Stathis, en su obra *Dream Nation: Enlightenment, Colonization, and the Institution of Modern Greece*, Standford University Press, Standford, 1996.

”On prétendrait qu’il est permis d’assister paisiblement à l’égorgement de quelques millions de chrétiens! ...Vous ne voulez pas serrer la main suppliante de la Grèce? Eh bien! Sa main mourante vous marquera d’une tache de sang...”<sup>50</sup>.

Desde los albores del conflicto, los hay que se apresuran a unirse a los insurgentes –aunque los más se limitarían a “galvanizar la opinión pública desde casa”<sup>51</sup>. Entre 1821 y 1822 parten once barcos desde el puerto de Marsella, con un total de trescientos sesenta voluntarios a bordo, principalmente alemanes, italianos y franceses. Y a pesar de que las autoridades francesas deciden, a finales de 1822, cerrar el puerto para toda embarcación fletada con destino a Grecia, los empeños no cejan; por todas partes cunde un optimismo que convierte las vías que cruzan la geografía europea en modernos caminos de peregrinación, por donde estos jóvenes filohelenos (voluntarios compuestos por soldados desmovilizados, refugiados políticos, jóvenes idealistas, algún millonario y excéntricos de todo pelaje, además de clérigos, profesores y publicistas diversos) transitan difundiendo el triple mensaje de que “Europa debe su civilización a los antiguos griegos, que los modernos griegos eran los descendientes de aquéllos, y que sólo por la liberación del yugo otomano podrá llevarse a cabo la regeneración de esa nación”<sup>52</sup>. En todos los países se forman pronto comités filohelénicos con objeto de recaudar fondos para estos voluntarios, además de otras actividades de apoyo y solidaridad para con los rebeldes (Madrid reclama haber sido sede del primero de ellos, en 1821; los más numerosos se dan sin embargo en la Suiza democrática). Aunque en Inglaterra estuvieron inicialmente prohibidas, las suscripciones privadas fueron autorizadas a partir de 1822 por el gobierno de Canning, que no veía contradicción en ello con respecto a su política de neutralidad. En el London Greek Committee, la frecuencia de apellidos irlandeses y escoceses parece querer venir a confirmar hasta qué punto la lucha griega sirvió de espoleta para otros sentimientos nacionalistas adormecidos hasta el momento en la vieja Europa: “The London Greek Committee was, in short, a protest mouvement, and opposition to the government was the prime qualification for membership of it”<sup>53</sup>. Esa función de oposición, como veremos, también se cumple para el caso francés que estamos tratando.

---

<sup>50</sup> CHATEAUBRIAND, en la reedición de 1826 de su *Itinéraire de Paris à Jérusalem*, prefacio; también el vizconde de MARCELLUS, llora en sus *Souvenirs de l’Orient*, por los amigos masacrados en Scio y en Constantinopla (citado por BRUGUIÈRE, “Qu’est-ce que la Grèce, vue de France au XIXe siècle?”, pp. 78-79)

<sup>51</sup> AUGUSTINOS, Olga, *op. cit.*, p. 282.

<sup>52</sup> BREWER, *ibid*, p. 138.

<sup>53</sup> BREWER, *ibid*, p. 140

“Quelles soient les déterminations de la politique, la cause des Grecs est devenue la cause populaire. Les noms immortels de Sparte et d’Athènes semblent avoir touché le monde entier: dans toutes les parties de l’Europe il s’est formé des sociétés pour secourir les Héliènes; leurs malheurs et leur vaillance ont rattaché tous les coeurs à leur liberté”<sup>54</sup>

Aunque Francia asiste a una temprana explosión de panfletos políticos en pro de la causa griega (más de treinta el primer año), y se cuentan entre los primeros promotores y difusores del movimiento, el comité filohelénico francés no llega a fundarse hasta febrero de 1825, aunque eso sí, pronto adquiere una gran notoriedad bajo la dirección de René de Chateaubriand, poniéndose a la cabeza del movimiento europeo, y que involucra a otros grandes nombres como Victor Hugo, Constant o Lamartine.

El arte también se hace eco de esta ola de filohelenismo<sup>55</sup>: se publican numerosas obras literarias, como el último canto de las *Peregrinaciones de Childe Harold* de Lamartine, la *Nota sobre la Grecia* de Chateaubriand, o las *Orientales* de Victor Hugo; Delacroix sensibiliza al público con pinturas como *Les massacres de Chio* (1824) o *La Grèce expirante sous les ruines de Missolonghi* (1826), mientras que los poetas hacen causa común, con la *Ode aux Grecs* de Alexandre Guiraud o el poema *Barga* de Viennet, que se añaden a la literatura de los relatos de viajes de los voluntarios enrolados al servicio de los griegos; se estrenan dramas teatrales (Lemercier) e incluso aparecen referencias en la ópera, como en *Il viaggio a Reims* de Rossini, por no hablar de la figura crucial del poeta inglés Lord Byron, cuyos textos y cuya trágica muerte en la batalla de Missolonghi en 1824 hicieron buena mella en el imaginario del público europeo, constituyendo tal vez uno de los hitos –o al menos una de las “excusas”- que vino finalmente a precipitar la intervención armada:

“By then Greece had moved into the foreground of public and government concern, partly because of the profound impression made by the death of Byron, partly because the outcome of the war came to be more clearly seen as affecting France’s national interests”<sup>56</sup>.

Otro de los grandes nombres embarcados en esta causa, Victor Hugo, iba a exaltar por su parte con tal ocasión en *Les Orientales* (1826) las raíces cristianas y europeas de Grecia:

---

<sup>54</sup> CHATEAUBRIAND, 1825, p. 110

<sup>55</sup> Para un desarrollo más amplio del tema, consultar por ejemplo BRUGUIÈRE, Marie-Bernardette: “Qu’est-ce que la Grèce, vue de France au XIX<sup>e</sup> siècle?”, en *Méditerranées (Revue de l’association “Méditerranées” de l’Université de Paris X-Nanterre)*, n<sup>o</sup>-21, L’Harmattan, París, 1999, pp. 80 y ss.

<sup>56</sup> BREWER, *op cit*, p. 140 .

”Et toi, chrétienne Europe, entends nos voix plaintives. / Jadis, pour nous sauver, saint Louis vers nos rives / Eût de ses chevaliers guidé l’arrière-ban. / Choisis en fin, avant que ton Dieu ne se lève / De Jesús et d’Omar, de la croix et du glaive, / de l’auréole et du turban / Oui, Botzaris, Joseph, Canaris, ombres saintes, / Elle entendra vos voix, par le trépas éteintes / ...Sur la harpe et le luth le deux Grèces diront: / Ah! Si l’Europe en deuil, qu’un sang si pur menace / Ne suis jusqu’au serial le chemin qu’il lui trace, / Le Seigneur la réserve à d’amers repentirs / Marin, prêtre, soldat, nos autels vont demandent; / Car l’Olympe et le Ciel à la fois vous attendent, / Pléiade de héros! Trinité de martyrs!”<sup>57</sup>.

Y en el poema “Navarin”, dedicado a la otra gran batalla ulterior, elogia a las monarquías inglesa, rusa y francesa, porque juntas, representando por fin a una Europa unida, van a traer finalmente la libertad a Grecia:

”Ici l’Europe: en fin l’Europe qu’on déchaîne! / Avec ses grand vaisseaux voguant comme des tours / (...) / La Grèce est libre, et dans la tombe / Byron applaudit Navarin / Salut donc, Albion, vieille reine des ondes! / Salut, aigle des Czars, qui planes sur deux mondes! / Gloire à nos fleurs-de-lis, dont l’éclat est si beau!”<sup>58</sup>

Pero entre todos los filohelenos destaca sin duda alguna el conde de Chateaubriand, presidente del comité de París. En sus *Mémoires d’outre-tombe* resume de esta manera tan clara como concisa su dedicación a la causa de Grecia, “Grecia madre” de la que se reconoce descendiente directo: “Je me dévouai à la liberté de la Grèce; il me semblait remplir un devoir filial envers une mère”. Chateaubriand encuentra efectivamente en Grecia su “patria natural”, la patria cultural de todos los europeos. En la segunda parte de las *Mémoires*, regresa sobre esta figura, que también aparece en la *Note sur la Grèce*: “La France (...), fille aînée de la Grèce par le courage, le génie et les arts, contemplerait avec joie la liberté de ce noble et malheureux pays”, evocaciones que hacen pensar nuevamente en Victor Hugo, en cuya obra posterior encontramos alguna referencia muy similar: Europa es una gran nacionalidad, y constituye para Francia su patria primera como lo era Grecia para Atenas<sup>59</sup>.

<sup>57</sup> HUGO, Victor : *Les Orientales*, 1829, poema III: “Les têtes du serial”.

<sup>58</sup> HUGO, Victor: *ibid*, poema V : « Navarin ».

<sup>59</sup> CHATEAUBRIAND: *Mémoires d’outre-tombe*, XXVIII, 9, T. I, p. 1804, y XXXVIII, 14, T. II, respectivamente de la edición Gallimard , 1946; del mismo, *Note sur la Grèce*, 1825, p. 107, y HUGO, Victor : *Les Burgraves*, 1843 : “La France qui prêt a la civilisation même sa langue universelle et son initiative souveraine, la France, lors même que nous nous unissons a l’Europe dans une sorte de grande nationalité, n’en est pas moins notre première patrie comme Athènes était la première patrie d’Eschyle et de Sophocle. Ils étaient Athéniens comme nous sommes Français, et nous sommes Européens comme ils étaient Grecs” (este último cit. en LAURENT, Franck: “La civilisation: le discours impossible”, en *Victor Hugo et l’Europe de la pensée (Colloque de Thionville-Vianden, 8-10 oct. 1993)*, Dir. F. Chenet-Faugerat, Ed. Livraire A.-G. Nizet, París, 1995).

Chateaubriand, no obstante, es consciente de la distancia que separa a la Grecia actual de esa madre idealizada, y en su *Itinéraire*, lo veíamos antes<sup>60</sup>, lo describe como un pueblo errante y miserable que ha olvidado su propia historia de grandeza, siguiendo el patrón de un *Essai sur la grandeur et la décadence des Romains* montesquiano. A comienzos de siglo, Grecia, tan arrasada en su esencia tanto por el cristianismo como por los turcos<sup>61</sup>, vive anclada en el pasado, al margen de la historia y ajena a su propia herencia y tradición, esclava de la barbarie de un tirano invasor; para rescatarla de esa penosa situación y devolverla a su destino, y frente a un gobierno que desconfiaba de la causa griega, la oposición filohelenista iba a solicitar de Chateaubriand el apoyo de su pluma; el conde había abandonado ya la carrera diplomática para consagrarse a la literatura, cuando esta nueva causa lo recupera para la vida política. No contando ya con la capacidad de actuación política, Chateaubriand buscará influir a través de la prensa:

“Aujourd’hui que l’auteur de la Note est privé des renseignements et de l’autorité que donne une place active, ces facilités d’être utile lui manquent: il ne peut servir une cause sacrée que par le moyen de la presse, moyen borné sous le rapport diplomatique, puisqu’il est évident que ne pouvant ni ne devant tout dire au public, beaucoup de choses restent dans l’ombre par l’impossibilité même où l’on est de les expliquer”<sup>62</sup>.

Su actividad al frente del comité filoheleno será muy activa; en 1828 presenta un vasto plan, *Mémoire sur l’Orient*, cuyo objetivo es hacer retroceder al imperio otomano (“el hombre enfermo de Europa”, según Bismarck<sup>63</sup>), apoyándose en Rusia. Antes, en el Congreso de Viena, Chateaubriand había denunciado que no se hubiese querido recibir a la delegación griega:

“N’est il pas étrange que l’on voie l’Afrique, l’Asie et l’Europe mahométane, verser incessamment leurs hordes dans la Grèce, sans que l’on craigne les effets plus ou moins éloignés d’un pareil mouvement? Un poignée de chrétiens qui s’efforcent de briser un joug odieux, sont accusés par des chrétiens d’attenter au repos du monde; et l’on voit sans effroi s’agiter, s’agglomérer, se discipliner, ces milliers de Barbares qui pénétrèrent jadis jusqu’au milieu de la France, jusqu’aux portes de Vienne”<sup>64</sup>

Pero sin duda su texto más representativo en lo que al asunto griego se refiere, el estandarte para muchos de la causa griega, sería la *Note sur la Grèce* aparecida en

---

<sup>60</sup> CLÉMENT, p.41. Conf. *supra*, p. 11, cita de la nota 41, sobre las miserias de la Grecia contemporánea.

<sup>61</sup> Marie-Bernadette BRUGUIÈRE: “Qu’est-ce que la Grèce, vue de France au XIXe siècle?”, en *Méditerranées*, 1999, p. 76.

<sup>62</sup> En CHATEAUBRIAND, 1825, pp. 16-17

<sup>63</sup> CLÉMENT, *op cit*, p. 41

<sup>64</sup> CHATEAUBRIAND, *op cit*, 1825, p. 21

1825; escrito en un exaltado tono agresivo, que recuerda a su primer panfleto publicado, *De Buonaparte et des Bourbons* (dinastías a las que precisamente exhorta al principio de esta obra), especialmente en lo que se refiere a la manera de arremeter contra el despotismo. "Le derniers événements de la Grèce ont attiré de nouveau les regards de l'Europe sur cet infortuné pays"<sup>65</sup>, refiere Chateaubriand al comienzo de su texto. Chateaubriand intenta defender la postura de los rebeldes griegos alejando su imagen de la de los revolucionarios que algunos intentan divulgar:

"que les Grecs ne sont point des jacobins; qu'au lieu de s'élever contre les princes des nations, ils ont imploré leur puissance. Ils leur ont demandé de les admettre dans la grande communauté chrétienne; ils ont élevé vers eux une voix suppliante, et loin de préférer le gouvernement républicain, leurs moeurs et leurs désirs les font pencher vers la monarchie"<sup>66</sup>.

Y exaltando por el contrario los valores de un pueblo que ha sabido construirse a sí mismo: "Les Grecs se sont refaits nation par leur valeur; la politique n'a pas voulu reconnaître leur légitimité; ils en ont appelé à la gloire"<sup>67</sup>.

Para Chateaubriand el principio de legitimidad no reside ni en el derecho divino ni en la soberanía nacional, sino fundamentalmente en la ausencia de toda arbitrariedad<sup>68</sup>:

"Que pensent-ils ces esprits à l'égard de la légitimité dont les mahométans réclament les droits sur la Grèce conquise et chrétienne? Ils pensent que cette légitimité n'existe pas. M. de Bonald a soutenu cette thèse avec toute conviction de sa foi et la force de sa logique; M. Benjamin Constant, dans une brochure pleine de raison et de talent, a montré que cette prétendue légitimité étoit une monstruosité d'après les définitions mêmes des plus grands publicistes..."<sup>69</sup>

Una concepción específica de la legitimidad, propia del momento y el lugar en el que se escriben estas líneas (se apoya de hecho como vemos en las opiniones de sus coetáneos), reconocible como rasgo definitorio –diferenciador– de la civilización europea, que se identifica con los principios del Estado de Derecho heredados del "milagro griego"<sup>70</sup>, y que aparece unida a llamamientos a Europa como un todo

---

<sup>65</sup> *Ibid*, p.79

<sup>66</sup> *Ibid*, pp. 45-46

<sup>67</sup> *Ibid*, p.52

<sup>68</sup> CLÉMENT, p. 44

<sup>69</sup> CHATEAUBRIAND, *op cit*, 1825, p. 43

<sup>70</sup> NEMO, Philippe: el "*miracle grec*" estaría constituido por la invención del Estado laico y el principio de libertad bajo el mando de la ley, valores que la civilización griega nos deja en herencia y que junto con el humanismo al que da lugar el derecho privado romano y la idea de progreso proveniente de la concepción bíblica del tiempo, conformarían el acervo histórico europeo (NEMO, *op cit*, p. 235).

(“L’Europe y songe-t-elle bien?”<sup>71</sup>), como un sujeto histórico con más capacidad de actuación que nunca y como opuesto al mundo árabe, en una reactualización entre el antagonismo civilización-barbarie: “Établie sur les ruines de la Grèce antique et sur les cadavres de la Grèce chrétienne, la barbarie enrégimentée menacera la civilisation”<sup>72</sup>. Por su vinculación a ese estado de civilización es pues que precisamente Europa debe estar del lado de Grecia:

“Sous ce seul rapport, l’Europe doit préférer un peuple qui se conduit d’après les loins régénératrices des lumières, à un peuple qui détruit partout la civilisation”<sup>73</sup>

O bien:

“Notre siècle verra-t-il des hordes de sauvages étouffer la civilisation renaissante dans le tombeau d’un peuple qui a civilisé la terre? La Chrétienté laissera-t-elle tranquillement des Turcs égorger des Chrétiens? Et la légitimité européenne souffrira-t-elle, sans en être indignée, que l’on donne son nom sacré à une tyrannie qui auroit fait rougir Tibère?”<sup>74</sup>

Se reconoce, por lo tanto, que es un asunto que afecta a toda Europa: “D’imaginer que la Porte déclareroit la guerre à l’Europe chrétienne, si toute l’Europe demandoit ou reconnoissoit l’indépendance de la Grèce, ce seroit vouloir s’épouvanter d’une chimère”<sup>75</sup>; “La conséquence de l’extermination des Hellènes seroit grave pour le monde civilisé. On veut, répète-t-on, éviter une commotion militaire en Europe”<sup>76</sup>.

Y es que Chateaubriand descarta el argumento por el cual el Imperio turco fue reconocido como parte integrante de Europa en el Congreso de Viena de 1814<sup>77</sup>, ya que, “Elle [La Turquie] ne reconnoît pas le droit politique de l’Europe (...); elle ne reconnoît pas notre droit des gens”<sup>78</sup>, puesto que la arbitrariedad es precisamente la esencia de su régimen, y en cuanto tal no puede pertenecer al sistema europeo.

Sin embargo, y a pesar de todo, Chateaubriand se mantiene firme contra la idea de una guerra contra los turcos, porque precisamente esa posibilidad es ajena al espíritu pacífico ilustrado de Europa: la publicidad de los actos de gobierno, sus instituciones, sus virtudes y las “luces” de sus habitantes habrían así generalizado un sentimiento de

---

<sup>71</sup> CHATEAUBRIAND, *op cit*, 1825, p. 23

<sup>72</sup> *Ibid*, p. 25

<sup>73</sup> *Ibid*, p. 55

<sup>74</sup> *Ibid*, p. 88

<sup>75</sup> *Ibid*, p. 28

<sup>76</sup> *Ibid* p. 31

<sup>77</sup> CLÉMENT, *op cit*, p. 44

<sup>78</sup> CHATEAUBRIAND, 1825, p. 92

justicia política en toda Europa, que descarta toda guerra de conquista, opuesta al espíritu de la libertad de comercio que rige ahora<sup>79</sup>:

“D’un autre côté, l’Europe n’est plus, ni par la nature de ses institutions, ni par les vertus de ses souveraines, ni par les lumières de ses cabinets et des peuples, dans la position où elle se trouvoit torsqu’elle révoit le partage de la Turquie. Un sentiment de justice plus général est entré dans la politique, depuis que les gouvernements ont augmenté la publicité de leurs actes. Qui pense à la guerre avec la Porte? Qui convoite des terres et des privilèges commerciaux (...), quand l’égalité des droits et la liberté du commerce deviennent peu à peu le voeu et le code des nations ”<sup>80</sup>.

Chateaubriand no es ni mucho menos el único en defender estas posiciones; Benjamin Constant será otro de los grandes nombres que, desde las filas liberales esta vez, luche por la causa griega. Gran conocedor de la cultura y la lengua griega, Constant había mostrado un filohelenismo ya muy temprano: en una carta a Isabelle de Charrière escrita el 20 de marzo de 1788, expresaba su intención de redactar ”une histoire de la civilisation graduelle des Grecs, par les colonies egyptiennes, &c, &c, depuis les premières traditions que nous avons sur la Grèce, jusqu’à la destruction de Troie, & une comparación des moeurs des Grecs, avec les moeurs des Celtes, des Germains, des Ecossois, des Scandinaves, &c &c”<sup>81</sup>, proyecto que no obstante nunca llevaría a cabo.

En su obra *De la religion* (1825), vuelve a subrayar la importancia del papel histórico de la Grecia clásica en la formación del pensamiento y la moral occidental contemporánea:

”Il est (...) heureux, cent fois heureux pour la race humaine que les Grecs aient suivi la marche que la nature leur avait tracée. Ils ont seuls conservé cette liberté de l’intelligence, qui permet à l’âme ses élans les plus sublimes, à l’esprit ses plus nobles développements. (...). Nous devons aux Grecs la vie de la pensée et la force morale. Ils nous ont transmis l’héritage de ces biens précieux. Gardons avec soin ce dépôt inestimable: l’ancienne Grèce a su le conquérir, que l’Europe moderne sache le défendre”<sup>82</sup>.

Unos meses después de que Chateaubriand publicara su *Note sur la Grèce*, Constant sacaba su *Appel aux nations chrétiennes en faveur des Grecs*. Fundadores de

---

<sup>79</sup> Es la idea del contraste entre los tiempos antiguos y los modernos la desarrolla con especial éxito Constant.

<sup>80</sup> CHATEAUBRIAND, 1825, p.90

<sup>81</sup> Citado por ANELLI, Boris: “Benjamín Constant et la guerre pour l’indépendance de la Grèce (1821-1830)”, en *Benjamín Constant en l’an 2000: nouveaux regards (Actes du Colloque 7-8 mai 1999)*, *Annales Benjamín Constant*, n° 23/24, Institut B. Constant, Lausanne, 2000, p. 195.

<sup>82</sup> Cit. en ANELLI, *ibid*, p. 196

las libertades políticas y la libertad de consciencia, encarnan para Constant la modernidad y simbolizan la civilización: la independencia griega es la causa que se enfrenta a otra forma de despotismo, más antigua y total que la del mismo Napoleón, la del Imperio otomano, que oprime al pueblo que precisamente inventó la noción de libertad<sup>83</sup>. Además de esta obra, su lucha por la causa griega la desarrolló en periódicos como el *Courrier français* o *Le Temps*, donde publicó varios artículos al respecto, y en la propia asamblea, en cuyos Archivos parlamentarios se recogen hasta quince discursos de Constant referidos de una u otra manera a la causa griega: "Secourons les Grecs: sauvons-les; ils sont nos frères...", clamaba en uno de ellos. Incluso se habla de la existencia de un texto confidencial dirigido al duque de Orleans, memoria en la que presumiblemente Constant habría recomendado al monarca el establecimiento para Grecia de un gobierno de monarquía constitucional, siguiendo las reglas de la Carta francesa, así como la constitución de una armada organizada "a la europea", y el consentimiento final de las demás potencias europeas<sup>84</sup>. En unos y otros textos, en fin, destaca el carácter cristiano del pueblo griego, que los acerca a nosotros en tanto que "favorece la civilización". La vehemencia de su discurso anti-musulmán puede sorprender: si bien es cierto que cree en la superioridad de la religión cristiana, argumenta en este sentido principalmente con vistas a atacar, en su propio terreno, a los partidarios de la Restauración, que, al menos hasta 1828, se muestran mayoritariamente reacios a una intervención en Grecia en apoyo de los insurrectos. Según Constant, pese a sus pretensiones y su nombre, esta organización de la Santa Alianza no defiende los intereses del cristianismo ni de la humanidad. El tono de su crítica va más allá de la de Chateaubriand: en un artículo del *Courrier français*, del 28 de octubre de 1822, se dirige duramente contra los gobernantes europeos:

"Si les Grecs succombent dans leur lutte si légitime et si héroïque, on pourra réunir leurs ossements épars, en former un monument qui sera colossal; et l'inscription gravée sur ce monument apprendra à la postérité ce qu'a coûté à l'humanité la conservation des titres et du pouvoir de l'aristocratie européenne".

El activismo de estas grandes figuras como Constant, a medio camino entre la sincera preocupación por los intereses y el bienestar del pueblo griego al que restituir en su libertad, y la estrategia para la arena política que se servía del combate por la

---

<sup>83</sup> CLÉMENT, *op cit*, p. 40

<sup>84</sup> Datos en ANNELLI, *op cit*, p. 198.

independencia griega para golpear duramente los pilares de la Restauración, sirvió en todo caso de modelo y acicate para movilizar al público (“C’est aussi grâce à des hommes comme lui, qui ont travaillé l’opinion publique européenne avec des arguments parfois très percutants, que la Grèce a pu se libérer de l’oppression ottomane et envisager son futur...”<sup>85</sup>), especialmente a través del reflejo que el debate tuvo en prensa, como veremos seguidamente.

En la implicación de este buen número de personalidades en la causa griega concurren una multiplicidad de factores, muchas veces contradictorios: el peso de la antigüedad clásica, la búsqueda del exotismo romántico, de nuevas aventuras por parte de buen número de militares desocupados, la idea de una cruzada contra el islam impulsada por el “*revival*” religioso europeo, ideas liberales y nacionales de autodeterminación de los pueblos... “El helenismo era multifacético, y tenía posibilidades de cambio, al igual que cualquier entusiasmo vivo”<sup>86</sup>. Así, tal y como acabamos de ver, acabaría reinando tanto en el bando monárquico como entre las filas liberales: “dans tous les comités philhellènes formés en Europe, on remarque des noms qui, par des oppositions politiques, semblaient devoir difficilement se réunir”<sup>87</sup>, comentaba Chateaubriand.

Las filas conservadoras se mantendrán inicialmente más reacias a cualquier toma de posición con respecto a la cuestión griega, aunque finalmente también acabarán tomando partido. Entre los ultras, el barón de Frénilly se escandaliza, en sus *Mémoires*, de que la batalla de Navarin halla venido a romper la tradicional alianza franco-turca, para acercarlos a Inglaterra y a Rusia y volver a los franceses contra ellos mismos, en el único beneficio de los liberales de Europa, que buscan hacer rey de Grecia al hijo de “un pequeño rey alemán”<sup>88</sup>. Pero no toda la facción legitimista era de la misma opinión: ya antes de Navarín, buena parte de esa tendencia se había interesado por Grecia, pues veía en la intervención una especie de nueva “*cruzada*”; el vizconde de Marcellus, en sus *Souvenirs de l’Orient* (1839), habla por ejemplo de los amigos masacrados en 1821 en Constantinopla y en Scio, y ya hemos visto la propia posición de Chateaubriand, tan encendida. Genoude presentaba en la *Gazette de France* la cuestión griega como una cruzada de católicos contra musulmanes: “la cause grecque apparaît comme la cause du

---

<sup>85</sup> ANNELLI, *ibid*, p. 203.

<sup>86</sup> CONSTANTINE, *op cit*, p. 414

<sup>87</sup> CHATEAUBRIAND, 1825, p. 44

<sup>88</sup> Parece aludir a Leopoldo de Saxe-Coburg, aunque finalmente el elegido resultara Otón de Baviera, (en BRUGUIÈRE, “Qu’est-ce que la Grèce, vue de France au XIXe siècle?”, *op cit*, p. 77)

christianisme”<sup>89</sup>. Finalmente, el periódico ultra *Drapeau Blanc* se curaba en salud afirmando que si bien su posición filohelena lo colocaba del mismo lado que los liberales, las razones que les habían llevado a tomar esa posición no eran desde luego las mismas<sup>90</sup>.

Y es que el filohelenismo será, por encima de todo, una marca específica de los liberales, que ven en la causa griega su propia causa, además de una oportunidad única para arremeter contra el poder establecido. Tras la publicación de la *Note* de Chateaubriand, en la Asamblea hay burlas, se habla de una pretensión de “nuevas cruzadas”, de excesos ultras, y la cuestión de Grecia acaba pasando a ser tema acotado de la izquierda. Stendhal, por ejemplo, será de los que vea en la causa griega, antes que nada, una forma de oposición, especialmente al concierto de abril de 1826<sup>91</sup>. También Benjamin Constant, al igual que otros filohelenos liberales franceses como el general Sébastiani, o el diputado Laisné de Villevesque, aprovechará la ocasión para llevar a cabo ataques contra la mayoría ultrarrealista en su propio terreno<sup>92</sup>, y muchas veces llevan al límite esta polémica antigubernamental. Si bien los primeros liberales se habían mostrado como de ideología antirromántica, el liberalismo de la Restauración, en tanto que “doctrina de la libertad”, va a experimentar una paulatina evolución hacia esta sensibilidad romántica, con nombres como el de Stendhal a la cabeza, empujados hacia esta vía sin lugar a dudas por episodios como éste de la guerra en Grecia y de la influencia que autores como Scott o Byron ejercerán sobre ellos<sup>93</sup>. Y es que al contenido romántico del filohelenismo se añade ahora además la idea revolucionaria: *Le Constitutionnel* comienza su campaña a favor de los griegos con un artículo del 30 de marzo de 1821, y le siguen el *Courrier Français* así como otros periódicos liberales. En la tribuna, los primeros oradores liberales en hablar sobre Grecia serán el ya citado Benjamin Constant (el 14 de mayo de 1821) y el general Foy. En el “comité grec” de París, presidido por Chateaubriand, participan personalidades de tendencias políticas heterogéneas, como Sebastiani, La Fayette, el duque de Broglie, Laffite o el coronel Fabvier. Madame de Staël, en sus *Considérations sur la Révolution française*, deplora que Napoleón no intentara “le rétablissement de la Pologne, l’indépendance de l’Italie,

---

<sup>89</sup> CLÉMENT, *op cit*, p. 43

<sup>90</sup> Citado por ANNELI, “Constant et la Guerre pour l’indépendance de la Grèce”, *op cit*, p. 201

<sup>91</sup> Citado por BRUGUIÈRE, *op cit*, p. 80

<sup>92</sup> “Les orateurs et les journalistes libéraux emploient cette formule polémique pour attaquer la droite ultraroyaliste sur son propre terrain”, en ANELLI, *op cit*, p. 201

<sup>93</sup> WINOCK, *op cit*, p. 109, y BÉNICHOU, Paul : *Le Temps de prophètes. Doctrines de l’âge romantique*, Gallimard, 1977, pp. 15 y ss.

l'affranchissement de la Grèce”, y en su novela *Corinne*, la protagonista, a orillas del Adriático, suspira:

“Du côté de ces nuages, il y a la Grèce; cette idée ne suffit-elle pas pour émouvoir ? Là sont encore des hommes d’une imagination vive, d’un caractère enthousiaste, avilis par leur sort, mais destinés peut-être ainsi que nous à ranimer une fois les cendres de leurs ancêtres”<sup>94</sup>.

De todo ese estado de opinión, pero sobre todo de los visos que toma en torno al *clivage* político, nos da buena cuenta la prensa del momento, a la que me gustaría prestar atención ahora. El filohelenismo, como expresión de un movimiento de solidaridad humana, supera ampliamente las manifestaciones en prensa (está también la producción política, literaria, artística...), pero más allá del análisis de la obra de sus grandes protagonistas, este medio se presenta de manera particular como un objeto de estudio especialmente válido y significativo para conocer mejor los entresijos del movimiento filohelénico, destacando su relevancia en tanto que detallado reflejo del estado de conciencia que provoca en el público en general, en el contexto de las ideas de la época y del espíritu general de la Restauración. La especificidad del movimiento filohelénico en prensa pasa precisamente por esta inextricable vinculación al debate político general del momento, aspecto que no ha sido muy tenido en cuenta hasta el momento, pero que resulta ineludible para comprender el verdadero carácter del filohelenismo europeo en su conjunto: “dans les colonnes de la presse, le filhellénisme présente un visage résolument moins désintéressé, puisque il est forcément mêlé de politique partisane”<sup>95</sup>.

Lo primero que llama nuestra atención es la alta recepción de los asuntos griegos en la prensa francesa –y en general en la de toda Europa, si tenemos en cuenta que la gran mayoría de los periódicos franceses se alimentaban de las noticias que aparecían en otros países<sup>96</sup>–, la profusión de artículos diarios que aparecen dedicados al tema en la gran mayoría de los periódicos generalistas: “L’insurrection grecque occupe à la presse française beaucoup plus que tout autre événement extérieure”<sup>97</sup>.

---

<sup>94</sup> Citado por BRUGUIÈRE, *op cit*, p. 80

<sup>95</sup> DIMAKIS, Jean: *La Presse Française face à la chute de Missolonghi et à la Bataille Navale de Navarin*, Institute for Balkan Studies, Thessalonika, 1976, p. 177.

<sup>96</sup> Entre ellos destaca la importancia del prestigioso periódico alemán *Gazette Universelle* de Augsburgo, verdadera agencia de noticias de la época, y fuente recurrente de donde bebe el periodismo francés.

(DIMAKIS, Jean: *La Presse Française face à la chute de Missolonghi...*, 1976, p. 174, y *La Guerre de l’indépendance grecque vue par la presse française (1821-1824). Contribution à l’étude de l’opinion publique et du mouvement philhellénique en France*, Institute for Balkan Studies, Thessalonika, 1968, p. 273).

<sup>97</sup> DIMAKIS, Jean: *La Guerre de l’indépendance grecque vue par la presse française...*, 1968, p. 272.

En los primeros momentos de la insurrección no parece sin embargo haber un gran interés; tan sólo se insertan pequeñas notas informativas de los primeros acontecimientos, pero no aparecen muestras de opinión: las posiciones ideológicas son todavía inciertas, y la visión que se ofrezca depende más de las fuentes que de una verdadera línea editorial determinada. A medida que la crisis se alarga, no obstante, el debate se enciende y complejiza, y las posiciones aparecen cada vez más marcadas, las opiniones más comprometidas, y la tendencia del periódico lleva a privilegiar unas noticias sobre otras. Y es que las informaciones no son siempre exactas ni veraces; hay exageraciones, manipulaciones, tergiversaciones... Estas inexactitudes se deben básicamente a la distancia, la comunicación irregular y la propia dificultad de verificación de los datos. De ello se lamenta el periódico *Le Constitutionnel*:

“On conçoit qu’il est fort difficile d’arriver promptement à des détails rigoureusement exacts. La Grèce ne possède aucun moyen régulier de communication par terre; aucun pays de l’Europe n’a avec elle une correspondance pour en établir d’une manière fixe”<sup>98</sup>

Aunque tampoco se han de menospreciar los casos de parcialidad intencionada: exiliados y filohelenos se esfuerzan en explotar las pequeñas victorias de los sublevados con el objetivo de poner de su lado a la opinión pública, mientras que los medios conservadores cuestionan precisamente esos logros. En cualquier caso, las noticias falsas de cierta envergadura parecen ser escasas, y no resisten mucho tiempo. Desde luego no son mayoría, y de todos modos no dejan de tener un carácter eminentemente informativo siempre: el público francés de la época está por lo tanto suficientemente informado y al corriente de lo que pasa en Grecia, y sigue de cerca cada fase de la crisis<sup>99</sup>.

A lo largo de la guerra, se producen dos fenómenos paralelos en el terreno de la prensa: de un lado, una reducción del número de periódicos publicados<sup>100</sup>, y simultáneamente, una progresiva “conversión” hacia posiciones abiertamente pro-griegas de medios que eran hostiles a la causa en sus inicios, hasta el extremo de que, en los últimos años de la guerra, sólo queda *La Quotidienne* como exponente del campo

---

<sup>98</sup> *Le Constitutionnel*, 1 de mayo 1826. Para el análisis de la prensa de este periodo me he valido fundamentalmente tanto de los estudios y compilaciones de prensa de Jean Dimakis, como de mi propio trabajo sobre el periódico *Le Globe*.

<sup>99</sup> DIMAKIS, Jean: *La Guerre de l’indépendance grecque vue par la presse française (1821-1824). Contribution à l’étude de l’opinion publique...*, 1968, p. 273, y *La presse française face à la chute de Missolonghi et à la Bataille navale de Navarin*, 1976, p. 178.

<sup>100</sup> Para la prensa generalista, Dimakis lo cifra en de 12 en el momento de la batalla de Missolonghi a 7 en tiempos de la batalla de Navarin (DIMAKIS, Jean: *La presse française face à la chute de Missolonghi...*, 1976, p. 174).

adverso. Periódicos conservadores como la *Gazette de France*, inicialmente opositor, llevan a cabo un cambio de alineación y, tras su fusión con *L'Étoile* y a partir del verano de 1827, se muestra como un ardiente defensor de la causa griega. Estos giros ideológicos –o acaso sólo tácticos- no dejan de resultar desconcertantes a primera vista. ¿Habría que ver en ello el efecto del progreso del filohelenismo en la opinión pública, del cual no tuvo más remedio que dar cuenta el periódico, acercándose al sentir general?

“Le fait que la grande majorité des journaux français de l'époque, indépendamment de leurs options politiques particulières, se montrent philhelléniques et exploitent même le thème de leur soutien aux Grecs à des fins politiques, voire électorales, est une preuve que l'opinion publique était déjà en très grande partie acquise à la cause des Grecs”<sup>101</sup>

Pero si la opinión del público parece tener su peso sobre el perfil de los periódicos, no hemos de olvidar, al mismo tiempo, el rol capital de las noticias en prensa en la formación de esa misma opinión. La insistencia de la prensa sobre los asuntos griegos, desplegando todo el drama de los acontecimientos a ojos de los ciudadanos, tiene como resultado alertar a la opinión pública y movilizar sus ánimos, convirtiéndose así en un poderoso agente del filohelenismo, sin duda de mayor difusión y alcance que las propias obras de los grandes escritores que tratábamos con anterioridad. Desde las mismas páginas de esos periódicos, no dejan de hacerse eco de la amplitud de la movilización pública que, como resaltan, abarca a todas las clases sociales y a todos los pueblos de Europa; desde los salones a las bellas artes, en política como en economía o en moral humanitaria, se dirige “presque exclusivement l'attention publique sur les affaires de la Grèce. (...) tout ce qui forme les liens sociaux entre les nations, se rattache également à cette question”<sup>102</sup>:

“La plus vive émulation règne parmi toutes les classes de la société, pour secourir la Grèce; dans tous les salons qui ne sont pas turcs ou jésuites, on place un tronc, et chacun y dépose son offrande avec un pieux empressement. On remarque aussi que de nombreux anonymes viennent grossir les souscriptions ouvertes chez des notables citoyens de Paris (...). Les beaux-arts ne pouvaient non plus rester indifférents dans ce noble concours de tous les sentiments généreux...”<sup>103</sup>

Apoyo generalizado que aviva las ilusiones de los combatientes, como se nos incita a pensar desde las páginas de *Le Constitutionnel*:

---

<sup>101</sup> DIMAKIS, Jean: *op cit*, 1976, p. 177.

<sup>102</sup> *Le Pilote*, 22 de abril de 1826.

<sup>103</sup> *Le Constitutionnel*, 3 de abril de 1826.

“En apprenant par les journaux du pays les dons volontaires et la compassion de presque toute l’Europe pour leurs maux, ils s’animent de jour en jour d’un enthousiasme sans bornes pour une cause qu’ils regardent consacrée encore par l’approbation de tous les peuples éclairés et chrétiens”<sup>104</sup>

...pero que chocha en cambio con la oposición de los gobiernos:

“Les populations européennes, quelle que soit leur foi politique et religieuse, se prononcent chaque jour avec plus d’énergie pour la cause de l’insurrection grecque. Cet entraînement est d’autant plus remarquable et d’autant mieux prouvé qu’il rencontre dans tous les gouvernements des résistances plus ou moins opiniâtres. Il est évident que les cabinets d’Autriche, de France et d’Angleterre ont contrarié autant qu’ils l’ont pu ce mouvement de la pitié publique qui, aujourd’hui, paraît parfaitement étranger à l’esprit de parti”<sup>105</sup>

Los periódicos conservadores, contrarios a la independencia griega, no cierran tampoco los ojos ante este fenómeno generalizado. Pero si desde las filas de la prensa liberal se regocijan de la emergencia de este “nuevo contra-poder”, periódicos como *La Quotidienne* se afanan en advertir contra el peligro que supone la tolerancia hacia esta profesión pública de simpatía por los griegos y la constante acción política de los comités filohelénicos, que actúan como diplomacia al margen de los gobiernos, recaudando fondos, enviando tropas y armamento, y pudiendo hacer creer después de todo a los pueblos que los gobiernos ya no son necesarios, y que estos comités bien podrían acabar por reemplazarlos:

“La question de la Grèce nous le répétons, présente des difficultés immenses. En supposant sa régénération, que ferez-vous de cet état nouveau jeté à l’extrémité de l’Europe sans antécédent, sans force, sans alliance et qui se placera nécessairement sous la protection de la Russie ou de l’Angleterre? (...) Nous sommes loin toutefois de blâmer cet enthousiasme sympathique qui porte les peuples à fournir des secours à la sainte cause de la croix; empressons-nous de recueillir cette profession publique d’amour et de respect pour une religion qui n’inspire pas toujours au parti libéral le même intérêt ni le même enthousiasme; mais il nous semble que les reproches qu’on adresse aux gouvernements de n’être pas favorables à la cause des Grecs, ne sauraient s’accorder avec cette tolérance bien large qui permet non seulement la formation, mais encore l’action continuelle et politique de comités grecs. C’est un spectacle assez curieux que cette diplomatie en dehors du gouvernement, qui lève des tributs, envoie des armes, des députés, de l’argent, sans que le pouvoir politique s’en mêle, de sorte que lorsque l’un veut demeurer inactif, l’autre s’agite, et que les peuples peuvent ainsi s’habituer à croire que les gouvernements ne sont plus

---

<sup>104</sup> *Le Constitutionnel*, 15 de junio de 1826

<sup>105</sup> *Journal du Commerce*, 17 de mayo 1826

nécessaires, et que des comités peuvent les remplacer. (...) l'intervention pacifique des cabinets fera cesser l'effusion du sang chrétien et assurera à la Grèce la place qu'elle doit désormais occuper parmi les nations d'Europe"<sup>106</sup>

Pero hasta *La Quotidienne*, como acabamos de ver, periódico conservador que durante mucho tiempo promulgó abiertamente su apuesta por la neutralidad, acaba cediendo y apoyando una eventual intervención. Entre los periódicos pro-helénicos se hallan representadas pues todas las tendencias políticas del momento: la posición con respecto a la insurrección griega parecería a primera vista independiente de la opción en política interior, y todo lo más, hallaría reflejo en los matices de la perspectiva. Todos los periódicos liberales son indefectiblemente pro-griegos, claro está, pero también lo son muchos de los conservadores<sup>107</sup> (con distintos matices según sean monárquicos o ministeriales). Estos últimos, todo lo más, se limitan a una defensa del *statu quo*, pero no se expresan posiciones abiertamente pro-turcas, con excepción de algún artículo de Achille de Jouffroy, y el único diario que se manifiesta abiertamente anti-griego es la *Gazette universelle* de Lyon<sup>108</sup>. Y a pesar de este aparente consenso, la riqueza de matices expresados y la lucha ideológica que en ellos se despliega, hace que este estudio merezca la pena, mostrando aspectos especialmente relevantes de un debate más amplio, en una crucial época de cambio y de oposición entre las fuerzas conservadoras y las fuerzas liberales, como se expone elocuentemente en este más que lúcido artículo de *Le Constitutionnel*: “Le genre humain est engagé dans une lutte immense et d'un genre nouveau; il opère sa réformation; les intérêts s'opposent à ce renouvellement (...). Telle est la véritable signification de tout ce qui se passe dans le monde depuis trente ans"<sup>109</sup>. Y en medio del fragor de todo este debate, destaca el silencio del *Moniteur Universel*, órgano oficialista. Sus artículos ambiguos y abstencionistas no hacen sino reflejar la propia política indecisa y atemperada del gobierno. El diario ministerial muestra cierta simpatía por la causa griega, pero en términos muy vagos; su filohelenismo es todo lo más de orden sentimental pero no político: manifiesta piedad por la suerte de los griegos, pero no desemboca en una toma de posición de carácter político, y se muestra siempre cauto:

---

<sup>106</sup> *La Quotidienne*, 27 de junio 1826

<sup>107</sup> Conf. *supra*, p. 22, nota 90 : el *Drapeau Blanc* aclara que si bien la causa que defienden es la misma, sus razones son muy diferentes...

<sup>108</sup> DIMAKIS, Jean: *La presse française face à la chute de Missolonghi...*, 1976, p. 171.

<sup>109</sup> *Le Constitutionnel*, 14 de junio 1826

“Nous sommes en quelque sorte les enfants des Grecs, nous, peuples modernes, à qui les Hellènes ont légué, bien plus que les Romains, les arts de la civilisation, l'éloquence, la philosophie (...). De tout façon, l'imagination confond très facilement sous le nom de la Grèce les lieux et les époques (...). Ah, que l'on ne nous accuse pas de traiter avec indifférence ces questions qui remuent si puisement les coeurs et touchent de si près aux plus grands intérêts de la civilisation, de l'humanité elle-même...”<sup>110</sup>

En éste como en otros artículos, a pesar de que se enfatiza la importancia que todos estos acontecimientos tienen para la civilización, por ser los pueblos modernos hijos de Grecia (a la que deben más que a Roma, como se especifica, según el sentir de esta época), también se pone en cuestión la vinculación de la Grecia actual con la de la gloriosa Antigüedad, y se cuestiona también el derecho de unos particulares (voluntarios) a embarcarse en una guerra para la que no cuentan con el permiso de su soberano. Otro artículo en la misma dirección, publicado esta vez en el *Journal des Debats* (30 de agosto 1821), insinúa que, siendo como son los griegos contemporáneos resultado de una mezcla de diversos pueblos, poco tienen que ver con los antiguos griegos gloriosos, y no podrán mantener su unidad si no es bajo el sable turco. Por otro lado, la larga ocupación turca ha sido reconocida durante siglos por toda Europa. Y se pregunta: ¿cuál ha de ser la línea de demarcación entre el reconocimiento de los derechos de soberanía y el de los derechos de insurrección? De otro modo, apunta, se corre el riesgo de que todos los reyes acaben siendo considerados tiranos.

El oficialista *Moniteur Universel*, que había tardado en pronunciarse sobre la cuestión griega, publica pronto el que sería prácticamente su último artículo al respecto, en el que juzga que si bien la causa griega es merecedora de todas las simpatías, sus protagonistas son demasiado débiles para lograr y mantener la independencia solos, y que una intervención de Europa acarrearía demasiadas consecuencias no deseables, comprometiendo el interés general, por lo que habría que esperar que el problema griego se resuelva a largo plazo de una manera más natural<sup>111</sup>. Su silencio de aquí en adelante, dará alas al resto de la prensa para expresarse más libremente, e incitará en última instancia contradicciones y confusiones entre los adeptos al gobierno.

En líneas generales, los artículos de los periódicos que sí abordan la cuestión de la guerra en Oriente se ocupan principalmente de los siguientes aspectos: las perspectivas

---

<sup>110</sup> Y continúa argumentando que la Iglesia ortodoxa expía, desde hace siglos y en este momento, su culpa por haberse escindido de la unidad romana, única fuerza que podía haberla librado de caer en manos de los bárbaros (*Le Moniteur Universel*, 26 de agosto 1821).

<sup>111</sup> *Le Moniteur Universel*, 19 de octubre de 1822

de triunfo de la insurrección, la responsabilidad de los extranjeros en el drama, y sus consecuencias para la política europea. Los defensores de la insurrección utilizan diversos argumentos, presentando la insurrección como una batalla por la libertad, una guerra de religión, o la lucha de un pueblo histórico aureolado por la gloria de la Antigüedad clásica. Cada uno de estos motivos influye, no obstante, de un modo diferente en los razonamientos, dependiendo de la adscripción política del medio. Aparece en todos los casos una frecuente insistencia (sincera o no), en el carácter religioso de la contienda, con frecuentes evocaciones de las cruzadas. Lo que merece el apoyo a la vista de la opinión pública europea no es en última instancia la propia causa nacional griega, sino su condición de heredera de un pasado glorioso –y común-, y su carácter de hermanos cristianos y de civilización: “La cause des Grecs est celle de la civilisation et des lumières, de la justice et de la liberté, enfin celle de la religion chrétienne elle-même”<sup>112</sup>. También los periódicos se hacen eco de esta idea que veíamos antes de que lo que se está viviendo es la representación de la eterna lucha entre civilización y barbarie:

“De quels hommes sera donc peuplée la terre, maintenant habitée par nos anciens maîtres en religion, en sciences, en esprit, en littérature, en goût, s’ils sont exterminés tous dans la lutte engagée depuis cinq ans? Ou les gouvernements préfèrent-ils voir des barbares se substituer à des habitants chrétiens et civilisés?”<sup>113</sup>

En el *Courrier Français* del 22 de julio de 1821 ya había aparecido un artículo en el que se consideraba expresamente a los turcos como enteramente extranjeros a la civilización europea, y tres días después, insistían desde la misma tribuna:

“Une guerre à mort est déclarée à la religion et à la civilisation européenne (...). Un peuple entier est livré au glaive exterminateur, parce qu’il adore un Dieu au nom duquel tous les Rois de l’Europe ont formé une alliance solennelle, et aucune barrière ne se lève entre les victimes et les bourreaux...”<sup>114</sup>

En el terreno de las relaciones internacionales, el conflicto griego se encuadra como una manifestación de la enquistada cuestión de Oriente. En este sentido, supone una amenaza, un riesgo de ruptura del equilibrio europeo, por lo que la evaluación de la insurrección está teniendo lugar en todo momento no por criterios que le conciernen propiamente, sino desde el interés de la propia Europa monárquica –y del de sus adversarios. La crítica a la no-actuación de la Santa- Alianza en el conflicto se va a

---

<sup>112</sup> Journal des Debats, 1 de julio 1821

<sup>113</sup> *L’Aristarque français*, 30 de junio 1826.

<sup>114</sup> *Le Courrier Français*, 25 juillet 1821

convertir de hecho, como leíamos en la última cita, en la baza principal de la oposición liberal, para la que la causa griega ejemplifica la rebelión contra una dominación tiránica e ilegítima de un pueblo sometido, arropada por todos los valores del romanticismo, porque “*la causa griega es la causa de los pueblos...*”:

“La cause des Grecs est la cause des peuples: il ne faut pas s'étonner si les cabinets et les jésuites sont ligués contre cette cause sacrée. (...) Ces secours qu'on réclame de nous, ce n'est pas une générosité que nous faisons, c'est une dette sacrée qu'il faut acquitter. Notre religion nous l'ordonne, car les Grecs sont chrétiens; l'humanité le veut, car ils sont malheureux; la politique le conseille, car ce sont des opprimés qui luttent contre l'oppression; l'honneur national l'exige, car nous avons à laver la France de l'opprobre dont quelques-uns de nos enfants la souillent en s'unissant aux bourreaux de nos frères d'Orient. Tous les sentiments du coeur, toutes les lumières de la raison s'unissent pour nous prescrire un devoir sacré; qui ne serait touché de ces voies persuasives? Qui oserait avouer qu'il ne les entend pas?”<sup>115</sup>

Igual que vimos cómo, con tono calado de tenebrismo romántico, Constant denunciaba en *Le Courrier Français*<sup>116</sup> que los restos de los caídos en Grecia constituirían un monumento fúnebre que daría cuenta a la posteridad del precio que tuvo que pagar la humanidad por la conservación de unos pocos títulos de la aristocracia europea, también el poeta Guiraud, miembro de la Académie Française, escribe en un poema aparecido en el *Journal des Debats* que Grecia es ejemplo y gloria del mundo, que allí tuvo la “santa libertad” su primer altar, y amenaza con que sus ciudadelas derrumbadas y sus ruinas humeantes de ahora oscurecen la gloria, y también el futuro de los reyes de Europa:

“Poursuis, Grèce héroïque, en prodiges féconde, / Grèce toujours l'exemple et la gloire du Monde, / Où la liberté sainte eut son premier autel, / Poursuis: ton sort est beau, car il est immortel! / Notre plus noble espoir n'a rien que tu démentes; / Tu scelles de ton sang notre honte et tes droits: / Tu ne rends qu'en débris tes héros et ta croix: / Et tes forts éclatés, tes ruines fumantes, / Obscurcissent la gloire... et l'avenir des Rois”<sup>117</sup>.

Hemos comprobado que, en el tratamiento informativo del conflicto, las cuestiones ideológicas y la oportunidad política se entremezclan. “Toutes les informations concernant l'insurrection grecque sont systématiquement exploitées à des

---

<sup>115</sup> *Journal du Commerce*, 17 de mayo 1826

<sup>116</sup> Conf. *supra* cita de Constant en p. 22.

<sup>117</sup> poema “Missolonghi” de A. Guiraud, aparecido en el *Journal des Debats* el 10 de junio 1826

fins de polémique de politique intérieure”<sup>118</sup>. La cuestión griega, con la responsabilidad del gobierno francés en la prolongación de la guerra, se convierte en un poderoso caballo de batalla para los liberales en la polémica emprendida contra el partido en el poder. Hasta el punto de que toda catástrofe humanitaria puede ser bien aprovechada si se somete a cálculos políticos, y que el constante llamamiento a los valores cristianos, acusando al gobierno francés y a la Iglesia de faltar a sus deberes para con los cristianos oprimidos (mientras al mismo tiempo se está llevando a cabo desde esas mismas páginas una campaña contra las congregaciones religiosas en Francia) parece ser tan sólo un instrumento retórico del debate, y así lo hacen ver desde las páginas más conservadoras: “Parmi les douleurs véritables qu’a causées cet événement, on a pu remarquer beaucoup d’afflictions hypocrites. Que de gens déplorent les revers de la Croix en Orient, et pour lesquels la vue d’une cérémonie religieuse est importune!”, y a continuación se les acusa de mostrar una gran preocupación por la suerte de la religión cristiana en Oriente, mientras que cuando el catolicismo estaba en peligro en España y hubieron de intervenir los Cien mil hijos de San Luis, estos que ahora claman tanto no se mostraron entonces tan favorables<sup>119</sup>.

Y es que a nadie escapa que el levantamiento griego coincide en el tiempo con otros movimientos insurreccionales en Europa: Nápoles, Turín, o la propia Cádiz: tras el estandarte de la Cruz, parece esconderse la bandera tricolor, sospechan desde las filas monárquicas. Para la oposición conservadora, las doctrinas liberales son por el contrario más acordes con el Corán (“croyance sans mystères, monothéisme spéculatif, aride et d’abstraction”) que con el propio Evangelio, incompatible con todo sistema de razón filosófica y de moderno constitucionalismo. La Santa- Alianza y la Iglesia, por temor a dar alas a la revolución, han cometido la falta de ceder al liberalismo el papel que ellos mismos debieran haber jugado, valiéndose de la diplomacia y la policía, y han perdido una oportunidad única de actuar sobre el espíritu público y el pensamiento de los hombres: “comme on ne s’est pas occupé de l’esprit publique, on l’a laissé à la merci de l’ennemi, qui a eu ainsi carte blanche pour gouverner par la pensée le monde civilisé tout entier”. El autor del artículo insiste en que el problema griego no es tanto un problema diplomático o financiero, sino fundamentalmente un “*problème d’esprits*”, una batalla de ideas en la que se corre el riesgo de que la “secta liberal” acabe monopolizando la causa griega; para evitarlo, los tronos de la Europa no deberían dudar

---

<sup>118</sup> DIMAKIS, Jean: *La presse française face à la chute de Missolonghi...*, 1976, p. 176.

<sup>119</sup> *La Quotidienne*, 22 de mayo 1826

en una intervención, que tal vez sirviera incluso para atraer nuevamente a los griegos al seno del catolicismo del que un día se escindieron<sup>120</sup>.

Desde las filas liberales del *Constitutionnel* se le responde enmarcando igualmente la cuestión griega en el contexto más amplio de la guerra de ideas que desde hace tres décadas se viene operando en Europa, y acusando a los gobiernos de desoír la voz que clama de una punta a otra del continente y actuar en contra del espíritu público, en una argumentación que una vez más mezcla religión y libertad, sus dos armas retóricas más afiladas:

“Laissons à l’histoire dire, qui a plus perdu à Missolonghi, de la Grèce ou de ces gouvernements qui n’ont pas pu tolérer le parlement de Naples et les Cortès d’Espagne, et qui, le nom de la religion à la bouche, ou le chapelet à la main, assistent avec un flegme stoïque à l’extermination d’un peuple chrétien. Leur silence trouble seul le concert de vœux et d’acclamations qui se fait entendre d’un bout de l’Europe à l’autre en faveur de la plus glorieuse cause dont l’histoire fasse mention; la haine seule de la liberté peut expliquer ce prodige d’insensibilité; elle est la continuation manifeste de l’opposition de l’esprit des gouvernements avec celui des peuples; là se trouve l’explication de l’enigme qui couvre leur conduite et qui sans cesse est inexplicable”<sup>121</sup>.

Todas las voces de una punta a otra de Europa claman pidiendo la libertad de Grecia, a la que sólo se oponen los que no la han tolerado ni en Nápoles ni en España, y el abismo que separa a los pueblos y sus gobiernos se ensancha cada vez más...Sólo la historia sabrá fijar el precio de lo que Europa ha perdido con la batalla de Missolongui.

Bajo todas estas presiones, el 6 de julio de 1827 se firma el tratado franco-anglo-ruso que prevé la mediación y, en el caso de una negativa turca, el establecimiento de relaciones comerciales y consulares al margen con Grecia; finalmente, si un armisticio no es concluido, las tres potencias se interpondrían militarmente entre los beligerantes, aunque sin participar directamente en la guerra. Ya antes, en 1821, Rusia había dirigido una nota conminatoria exigiendo la protección para la religión cristiana garantizada por los tratados de 1774; no hay respuesta, y los insurrectos declaran su independencia y una constitución en Epidauró, muy democrática, que va muy lejos en cuanto a sus proposiciones, cuajada de principios revolucionarios, más cerca de la constitución norteamericana que de las cartas europeas. La particular actuación no obstante por cuenta y riesgo de unos almirantes sin que mediara una declaración formal de guerra,

---

<sup>120</sup> *Le Drapeau Blanc*, 20 de abril 1826

iban a precipitar el asunto (batalla de Navarin, 20 de octubre de 1827): el sultán se vio obligado a declarar la guerra santa a los Estados cristianos, y dividió a los aliados.

La intervención francesa supondrá de inmediato, en cualquier caso, un éxito del que también la facción ministerial intentará sacar su rédito. En la campaña electoral de noviembre de 1827, el gobierno trata de exprimir como un activo a su favor la victoria en la batalla de Navarín, de monopolizar la gloria frente a un electorado manifiestamente pro-helénico; “el éxito de la marina francesa se convirtió en el principal reclamo electoral de ambos bandos en sus esfuerzos por atraer a la opinión de su lado”<sup>122</sup>. El pro-gubernamental *Moniteur Universel* augura en efecto que las elecciones tendrán lugar bajo el ruido de los cañones de Navarín y los gritos de alegría de los griegos liberados<sup>123</sup>, y se pretende ahora a la cabeza del movimiento filohelénico: “seuls les gouvernements sont de vrais philhellènes, comme ils sont aussi de vrais constitutionnels”<sup>124</sup>; por la senda constitucional, también ellos los primeros...

Para la oposición, por su parte, no pasa desapercibido este cambio de estrategia, e ironiza con respecto a este supuesto filohelenismo estatal de última hora, en el que no ven sino oportunismo; no es por las súplicas de los griegos que el gobierno se ha decidido a intervenir, sino por el miedo que le han suscitado los pueblos europeos con su grito indignado...:

“Voilà le philhellénisme de ce ministère qui prétend aujourd’hui exploiter à son profit la victoire de Navarin. C’est au nom de la Grèce sauvée qu’il nous demande l’asservissement de la France à son despotisme. S’il est entré dans la coalition suscitée par M. Canning en faveur des Grecs, c’est qu’il a été remorqué par l’opinion européenne: ce ne sont pas les longs gémissements de la Grèce qui l’ont ému, ce sont les cris des peuples indignés qui l’ont effrayé... (...) et si la Grèce entière avait parmi nous droit de suffrage, elle voterait pour les candidats de l’opposition constitutionnelle...”<sup>125</sup>

Y apenas tres días después, otro artículo aparecido igualmente en el *Courrier Français* viene a incidir nuevamente en este punto de que el primer ministro inglés Canning habría acabado cediendo a las demandas de la opinión pública europea, a la que ahora se quiere amordazar y procesar:

---

<sup>121</sup> Art. “Pertes et Avantages de la Liberté”, en *Le Constitutionnel*, 14 de junio 1826

<sup>122</sup> DIMAKIS, Jean: *La presse française face à la chute de Missolonghi...*, 1976, p. 177

<sup>123</sup> *Moniteur Universel*, 11 de noviembre 1827

<sup>124</sup> *Moniteur Universel*, 18 de diciembre 1827

<sup>125</sup> Art. “Philhélénisme du ministère aux élections”, en *Le Courrier français*, 15 de noviembre 1827.

“M. Canning céda à l’opinion européenne que chez nous on se faisait un mérite de braver. La triple alliance fût conclue, et aujourd’hui le ministère, en s’en attribuant les résultats, ose faire le procès à l’humanité des peuples qui l’a seule provoqué”<sup>126</sup>

También las conclusiones del *Journal des Debats* reaccionan frente a este intento de reconducir el voto, y llega a conclusiones semejantes, lamentando que se haga siempre esta diferenciación entre dos bandos, de un lado los gobiernos y de otro los ciudadanos, y no una unidad conciliada a través de un pacto: existe suficiente libertad y suficientes gobiernos representativos en Europa como para que quepa despreciar a la opinión pública, y estos otros publicistas oficiales, con sus llamamientos al orden y al espíritu de conservación, están por el contrario atizando “*les premières étincelles de l’incendie*”<sup>127</sup>. Ese pronosticado incendio al que hace premonitoriamente alusión no será otro que el de las revoluciones de 1830 y del cuarenta y ocho.

Era efectivamente la ruina definitiva del sistema de Metternich<sup>128</sup>: la guerra ruso-turca que estalla finalmente, la independencia de Grecia, vienen a sumarse a la cadena de acontecimientos internacionales que comienzan a precipitarse (las actuaciones de Inglaterra con respecto a las colonias latinoamericanas, el apoyo francés a la independencia belga...); todo esto iba a significar no sólo la destrucción del sistema de alianzas monárquico, introduciendo la división y rompiendo el *statu quo*, sino que serviría además de precedente revolucionario y modelo para las aspiraciones emancipatorias de todas las demás nacionalidades oprimidas: “Les Grecs ont incontestablement le droit de choisir la forme de leur existence politique...”<sup>129</sup>

Con esas palabras Chateaubriand había destapado la caja de Pandora. El papel de Grecia como modelo político resulta de todas formas complejo: el culto al Progreso en el que vive inmerso el siglo XIX parece en principio poco propicio a prestar atención a modelos de la Antigüedad; el romanticismo aparecía como una reacción al clasicismo, y es un lugar común la oposición constantiana de la libertad de los modernos comparada con la libertad de los antiguos. Con anterioridad (especialmente a lo largo del siglo XVIII), la “excepción ateniense” apenas se había tenido en cuenta y era en cambio el modelo de virtud de Esparta el que triunfaba entre los pensadores, de Rousseau a

---

<sup>126</sup> *Le Courier français*, 19 de diciembre 1827

<sup>127</sup> *Journal des Debats*, 29 de diciembre 1827

<sup>128</sup> DROZ, pp. 247-248

<sup>129</sup> CHATEAUBRIAND, 1825, p. 99

Robespierre<sup>130</sup>; en los umbrales de siglo, con Bonaparte, el modelo había pasado de Esparta a Roma. Pero será entonces precisamente Chateaubriand quien venga a romper este esquema y marque finalmente el rumbo para el siglo que comienza:

“Devant la ville de Solon, on est comme enchanté par les prestiges du génie: on a l’idée de la perfection de l’homme considéré comme un être intelligent et immortel. Les hauts sentiments de la nature humaine prenaient à Athènes quelque chose d’élégant qu’ils n’avaient point à Sparte. L’amour de la patrie et de la liberté n’était point pour les Athéniens un instinct aveugle, mais un sentiment éclairé, fondé sur ce goût du beau dans tous les genres, que le ciel leur avait si libéralement départi; enfin, en passant des ruines de Lacédémone aux ruines d’Athènes, je sentis que j’aurais voulu mourir avec Leonidas, et vivre avec Périclès”<sup>131</sup>.

Chateaubriand es así el primero en recuperar Atenas como cuna de la libertad, lo cual tendrá una importancia enorme para todo el liberalismo posterior, que recorriendo el siglo llega hasta Clémenceau quien, asimilando Atenas a Francia en tanto que “faros de la libertad” ambos, también él, cien años después, encuentra en la ciudad griega “le plus bel idéal de lumière humaine”<sup>132</sup>.

De igual manera había abierto Chateaubriand las puertas para una inevitable concepción posterior, que brotaría en los años cuarenta con inusitada fuerza de la mano de republicanos y demócratas: Atenas como cuna del modelo político a seguir, como referente supremo para la Europa democrática: “la République n’est plus une chimère”<sup>133</sup>, había anticipado Chateaubriand. Para él, la ocasión de Grecia es el símbolo del comienzo de una nueva época: “Une nouvelle époque politique commence: le temps qui a appartenu à la restauration proprement dite, finit, et nous entrons dans une ère

---

<sup>130</sup> Pocos, como Voltaire, Turgot o los fisiócratas, habían seguido prefiriendo el ejemplo ateniense por aquel entonces (en BRUGUIÈRE, *op cit*, pp. 84-85). “La parquedad de la democracia liberal ateniense se comprueba por el escaso eco que ha tenido a lo largo de la historia del pensamiento político occidental, pese a la atención que casi siempre ha dedicado al mundo antiguo” (DÍEZ DEL CORRAL, Luis: *La desmitificación de la Antigüedad clásica...*, 1969, p. 20).

<sup>131</sup> CHATEAUBRIAND: *Itinéraire de Paris à Jerusalem*, 1806.

<sup>132</sup> CLÉMENCEAU: *Démosthène*, 1926, citado por BRUGUIÈRE, p. 91.

<sup>133</sup> CHATEAUBRIAND, citado por CLÉMENT, p. 45. Y seguidamente, Chateaubriand pone de ejemplo a la República norteamericana: “La plus grande découverte politique du dernier siècle, (...), c’est la création d’une *république représentative*, telle que celle des États-Unis. La formation de cette république résout le problème que l’on croyait insoluble, à savoir: la possibilité pour plusieurs millions d’hommes d’exister en société sous des institutions populaires” (CHATEAUBRIAND, 1825, p. 101). En todo caso, tanto da para él república representativa como monarquía constitucional, pareciéndole incluso mejor ésta, que podría haber sido conservada en las Américas españolas, si no hubiesen pesado tanto las pasiones, y así ni las necesidades de la civilización, ni los reinos de Europa, se verían hoy amenazados por un nuevo mundo republicano (CHATEAUBRIAND, 1825, pp. 101-102)

inconnue”<sup>134</sup>. Chateaubriand, no obstante, está lejos todavía de defender la idea de soberanía nacional como principio generalizable, y enseguida quiso poner límites a su propuesta, que no trataba tanto de desmembrar el imperio otomano, como de simplemente obligar al sultanato a poner fin a una guerra de exterminio<sup>135</sup>, contando con la acción de “los hijos de San Luis”, bienhechores y no enemigos de los pueblos oprimidos: “Quel honneur pour la restauration d’attacher son époque à celle de l’affranchissement de la patrie de tant de grands hommes! Qu’il seroit beau de voir les fils de Saint Louis, à peine rétablis sur leurs trônes, devenir à la fois les libérateurs des rois et des peuples opprimés!”<sup>136</sup>.

Durante la época carolingia y la alta Edad Media había dominado en la comunidad occidental una conciencia basada en un abierto “antihelenismo franco-latino” como opuesto al “antilatínismo bizantino”<sup>137</sup>: el giro de una Europa romana y cristiana a una Europa que hunde sus raíces en el modelo político y cultural griego será el gran aporte que el siglo XIX haga a la idea de Europa. “Hemos de volvernos siempre hacia los antiguos griegos”, escribía Goethe en 1829<sup>138</sup>; “We are all Greeks” añadía por su parte Shelley. En vísperas de la revolución del cuarenta y ocho, George Grote, miembro del parlamento británico y ferviente activista demócrata, publicaba una *Historia de Grecia* (1846), en que sometía el significado histórico del modelo griego a una reevaluación fundamental y definitiva: el punto de arranque de la civilización europea ya no sería en adelante la instauración del Cristianismo en el Imperio romano, sino la democracia ateniense, su acto fundador definitivo<sup>139</sup>. Se busca en Grecia un modelo de libertad, según las bases de una democracia idealizada (el propio Constant, en su mencionada contraposición de los modernos a los antiguos, ensalza la figura de Atenas como única excepción en el mundo antiguo y antecedente de nuestra libertad<sup>140</sup>). Por el momento vemos sin embargo que estos autores no reivindican más que un “état

---

<sup>134</sup> CHATEAUBRIAND, 1825, pp. 9-10. También en « L’Avenir du Monde », extracto de las páginas finales de sus *Mémoires d’outre-tombe* que Chateaubriand publica en la *Revue de Deux Mondes* en 1834, expresa ideas en esta misma dirección acerca del futuro.

<sup>135</sup> CLÉMENT, *op cit*, pp. 44 y 45.

<sup>136</sup> CHATEAUBRIAND, 1825, p. 107.

<sup>137</sup> GOLLWITZER, *op cit*, p. 164.

<sup>138</sup> Citado en CHABBANNES, Jacques: *L’Europe ou 3000 ans d’espoir*, Éditions France-Empire, París, 1978, p. 204. La adhesión como modelo estético a Grecia por parte de Goethe es total. En su Segundo Fausto, con el matrimonio simbólico entre Helena y Fausto, la belleza clásica con la tradición nórdica, alcanza la consagración de la cultura europea (*idem*, p. 205).

<sup>139</sup> BOER, *op cit*, p. 74

*d'esprit*”, una atmósfera política e intelectual que no se detiene en consideraciones institucionales más precisas<sup>141</sup>. El arte y la cultura del siglo diecinueve también se verán en cualquier caso impregnados en lo sucesivo de esta nueva ola de filohelenismo, si bien es diferente esta vez del clasicismo ilustrado: al ideal apolíneo se opondrá ahora, completándolo, el ideal dionisiaco que formule Nietzsche a finales de siglo. Se da en todo caso una frecuente simplificación, abundan las visiones históricas erróneas que desvirtúan el verdadero carácter de la sociedad griega. Guizot por ejemplo, en su *Histoire de la Civilisation en Europe* de 1828, en la lección segunda, ve “la Grèce” como un todo, un bloque homogéneo, que se opondría así a la Europa moderna igual que lo hicieron todas las civilizaciones precedentes, marcadas por la unidad. En uno u otro caso, nos encontramos siempre frente a una Grecia preconcebida, una construcción imaginaria de Grecia como símbolo y madre de Occidente, del Hombre y de la Libertad: es la imagen de Atenea, con la lanza a un lado y la lechuza de la inteligencia al otro...

El nuevo guía de Europa ya no será el guerrero, el militar que recoge el testigo romano como hizo Bonaparte, sino el poeta o vate de la tradición griega erigido ahora en nuevo guía espiritual del siglo XIX, con una misión histórica bien clara<sup>142</sup>, que tiene mucho que ver con esa liberación, pacificación y unificación del continente (unidad cultural alcanzada primero por estas elites intelectuales como vanguardia social), y que recoge el testigo de Grecia:

”Il y a aujourd’hui une nationalité européenne comme il y avait, du temps d’Eschyle, de Sophocle et d’Euripide, une nationalité grecque. Le groupe entier de la civilisation, quel qu’il fût, a toujours été la grande patrie des poètes. Pour Eschyle c’était la Grèce, pour Virgile c’était le monde romain. Pour nous, c’est l’Europe”<sup>143</sup>.

La reclamación de libertad política se iba a convertir así, andado el tiempo, en un llamamiento a una concepción de la historia de la civilización europea que encuentra sus raíces en Atenas -“lugar de nacimiento de la civilización europea que resiste frente al barbarismo asiático”<sup>144</sup>- y no en Roma, y que vuelve a tener en la libertad, frente a las Persias de ayer y hoy, su máxima expresión:

---

<sup>140</sup> CONSTANT, *De la liberté des anciens comparée à celle des anciens* (en *Écrits politiques*, Gallimard 1997, p. 596)

<sup>141</sup> BRUGUIÈRE: *op cit*, p. 89.

<sup>142</sup> Tal es la tesis que defienden autores como Paul BÉNICHOU, en *Les temps des prophètes*, *op cit*.

<sup>143</sup> VICTOR HUGO, *Burgraves*, 1843, citado en CHABBANNES, *op cit*, p. 213, y en LAURENT (conf. *supra*, p. 16, nota 59.)

<sup>144</sup> BREWER, *op cit*, p. 135

“As the call for political democratisation grew louder and the concept of liberty became radicalised, it becomes useful to extend the history of Europe further into the past and to make Athenian democracy and Greek liberty the memorable starting-point of Europe”<sup>145</sup>.

Del otro lado queda –olvidada por este papel mío como por la historia- la propia Grecia abandonada a su suerte, sin más recursos para su construcción nacional que una serie de discursos importados:

“What was left was a ravaged country whose war-devastated people bore little or no resemblance to the celebrated ancients. Now it was up to the Greeks themselves to fashion their Hellenic image”<sup>146</sup>.

El caso del nacionalismo griego probablemente sea el único que no tuvo que reinventarse su propia historia, porque ésta ya le vino dada<sup>147</sup>: los principales fundamentos narrativos de su imagen (de esa “imagen helénica”) y sus auto-percepciones habían sido acuñados previamente en la Europa occidental, en el contexto de una representación más amplia de lo que constituía la civilización europea: “imported ideas of ‘Greekness’ did not relate only to ancient Greek civilization, but referred to the new idea of global civilization *tout court*”<sup>148</sup>. Esto se tradujo paradójicamente en dos dificultades mayores a las que los griegos tuvieron que hacer frente a la hora de levantar su nación: por un lado el reto de salvar la discontinuidad narrativa histórica de la que adolecían, como requisito previo para toda construcción nacional que se reclame histórica en base a unas lógicas de continuidad, y por otro lado el problema de la demarcación de una identidad propia y diferenciada que parecía correr el riesgo de diluirse en una pertenencia común superior, si no ajena:

“Greeks thought themselves as having to fall into one of two preconceived and polarized mental categories (...). The ensuing normative dilemmas and discursive contradictions were therefore predictable. To all intents and purposes Greeks could not easily adhere to the strict Eurocentric taxonomic bias to which they were subjected”<sup>149</sup>.

---

<sup>145</sup> BOER, *op cit*, p. 74

<sup>146</sup> AUGUSTINOS, *op cit.*, p. 289.

<sup>147</sup> HOBBSAWN, E., y RANGER, T.: *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge 1993.

<sup>148</sup> TSOUKALAS, “The Irony of Symbolic Reciprocities –The Greek Meaning of ‘Europe’ as a Historical Inversion of the European Meaning of ‘Greece’”, *op cit*, p. 27

<sup>149</sup> *Íbid*, p. 37.

Y es que la ambigüedad de la causa griega había estado siempre presente: desde Europa se había tratado de imponer un ideal de lo que había de ser Grecia en base a concepciones preestablecidas que muchas veces diferían de las aspiraciones de los propios insurgentes<sup>150</sup>: y así es que, mientras los griegos sueñan con alcanzar Constantinopla, los filohelenos se preocupan ante todo de liberar Atenas, para erigirla en capital del nuevo Estado; en el momento de la independencia, aún se duda entre el nombre de *Graikoi* (término del primer cristianismo que se oponía al paganismo) o el de *Hellas* para el nuevo Estado que acababa de nacer<sup>151</sup>; las luchas intestinas entre las distintas facciones griegas, en fin, habían acabado despertando por otro lado el recelo, la decepción de muchos, y así es que se había llegado a hablar de “buenos” y “malos griegos”<sup>152</sup>. Porque a pesar de ese lugar privilegiado que ocupaba en la imaginaria jerarquía de la civilización, lo cierto es que Grecia accede a la independencia como un país subdesarrollado, desnutrido y analfabeto; e, ironías del destino, tras diez años de lucha por la libertad, Grecia acabaría cayendo nuevamente bajo el yugo de un poder absolutista, esta vez de origen occidental.

---

<sup>150</sup> Porque “It was their own cultural self-images that Europeans were seeking to capture in their idealized looking-glass” (*ibid*, p. 30).

<sup>151</sup> Extrañamente, ellos acabarían adoptando el nombre de la Antigüedad, mientras que para el resto del mundo quedaron bajo su nombre cristiano, *Grecia*. Mención aparte necesitaría también la ambigua y taimada postura de la Iglesia ortodoxa, con un enorme peso social, y que no siempre vio con buenos ojos la emancipación, por lo que de secularización y paganización podía tener, debido precisamente a esos aires liberales, laicos, revolucionarios, que venían del exterior...

<sup>152</sup> Como en *L'Archipel en Feu* de Julio Verne.